

E

N trance de evocar el 2 de mayo no puede uno por menos de preguntarse qué ocurrió la víspera, porque cuesta trabajo aceptar la versión, un tanto legendaria, de que bastó a poner en pie de guerra al pueblo madrileño un grito lanzado sin plan por una vieja ante el Palacio de Oriente, mientras partían para Francia la reina de Etruria y el infante don Francisco de Paula, en viaje que tenía mucho de secuestro. Pero la condición explosiva u ocasional que suele atribuirse a no pocas de nuestras más típicas virtudes, sólo en parte es verdadera, y de ningún modo ha de quitarnos la idea, mucho más exacta, de que nuestras reacciones se producen con un cálculo, que no excluye el borbotón, llegado el instante preciso de exteriorizarse. El español piensa las cosas más de lo que parece, y, concretamente, el madrileño supo entrenar su cólera a lo largo de los días que van entre la llegada a la Villa y Corte de Murat y sus tropas—23 de marzo—y la mañana aquella—la del 2 de mayo, precisamente—en que grupos ya dispuestos y, en cierto modo, concertados, pusieron en movimiento la máquina del patriotismo, a máximo juego heroico.

Hubo, sí, grito de mujer anónima: de «muñerzuela», dice Toreno, en diminutivo probablemente ajeno a intención peyorativa. Pero había llegado antes a las puertas de Palacio un ayudante de Murat en función policiaca, pues algo se temía de la efervescencia popular, acusada ya en términos inequívocos. No más lejos de la víspera Murat había sido objeto de claras demostraciones de desagrado al volver por la Puerta del Sol de una de las ostentosas paradas militares que gustaba de hacer con meditada frecuencia, a fin de mostrar el aparato coactivo de que disponía. De tal suerte que nadie tenía derecho a ignorar la ocupación de que Madrid era víctima. No se trataba de una aprensión, sino de un hecho consumado. Los 25.000 hombres, con toda clase de aprestos marciales, que mandaba Murat, habían sido distribuidos entre los pueblos o ciudades que pudieran garantizar el dominio de Madrid—Fuencarral, Chamartín, Aranjuez, Toledo, El Escorial—unos 3.000 hombres, cuya guarnición propia, unos 3.000 hombres, no parece que recibiesen orden alguna de estar prevenidos y alerta.

Si el advenimiento al trono de Fernando VII—deseado entonces, como luego, bastante a ciegas—explica la alegría popular—sólo momentánea—, a la vista de un Ejército que había servido de instrumento a la mudanza que el nuevo reinado significaba, la verdad es que acto continuo comenzó a notarse por los mil y un gestos que capta la intuición general, el auténtico sentido de cuanto estaba ocurriendo, y los propios franceses, desdichados o insolentes hasta el insulto y aun la agresión personal, antes vivaban que desmentían cualesquiera suposiciones.

El vaivén de la intriga diplomática, hartado descubierta—aparte otras señales: el viaje del Rey hacia Bayona, el de los Reyes padres, y la entrega de Godoy por la Junta Suprema al coronel francés, que también a Bayona le llevara—, dejaba ver

EL DOS DE MAYO Y SU VISPERA

Por M. FERNANDEZ ALMAGRO

lo bastante para que ganase cuerpo, día en día y aun de hora en hora, la conciencia de la traición perpetrada. En qué grado y de qué manera comenzaron los hombres más sensibles e impacientes a entenderse para convenir un plan que salvara a la Patria del peligro creciente no es cosa que pueda saberse del todo, porque lo más expresivo e importante no sería recogido en documentos, y más de los que acopló don Juan Pérez de Guzmán para escribir su exhaustiva obra «El 2 de mayo de 1808 en Madrid», no es fácil que se encuentre. Pero, con todo, se trasluce y aun se percibe, con plena evidencia, que las gentes se disponían a descargar el golpe o golpes que fueran de menester para expulsar al invasor. Alborotos, cuales el promovido por la impresión de una proclama de Carlos IV, que convenía al juego de Murat, o el antes aludido del 1.º de mayo, venían a ser como el humo que denunciaba la existencia en el corazón del pueblo, de un fuego que acabaría por prender, no ya en Madrid, sino en España entera, advertida y encorajinada por el ejemplo del 2 de mayo.

Los dos héroes, Daoiz y Velarde, que compartieron el protagonismo de la memorable jornada, no esperaron a que la resistencia, primero, y la franca ofensiva, luego, se produjeran espontáneamente, por arte mágica, por ese «chiribirloque» en que tantos pretenden ver el autor gracioso de nuestra Historia o la clave de nuestro secreto psicológico. Daoiz y Velarde contribuyeron por modo decisivo a preparar el alzamiento del pueblo, desde los puestos en que, respectivamente, se hallaban situados por razón de su empleo. Capitanes ambos de Artillería estaba el uno encargado del Detall de su Arma en la plaza de Madrid, y desempeñaba el segundo la Secretaría de la Junta Superior Económica del mismo Cuerpo. Tuvo ocasión de acreditar Velarde su temple moral al rechazar de plano cuantas proposiciones le fueron hechas para pasar al servicio directo de Murat, quien quiso nombrarle, entre otras cosas, su ayudante. Cuando le fué devuelta a los franceses, por exigencia del Emperador, la espada que Francisco I entregara en Pavía—sí bien no se tratase de la auténtica—Velarde ideó salir con gente de su confianza al encuentro del convoy en que era transportada, y rescatar el precioso trofeo. Pero más ambicioso y realizador aún, articular un proyecto que daba forma y «realizaba» la inaplazable reivindicación de España. El proyecto se malogró porque elevado cándidamente a la consideración del ministro de la Guerra, O'Farrill, fué conocido acto continuo de los franceses, que hicieron cuanto estaba a su alcance para que todo quedase en triste conato.

Llegó el 2 de mayo. Proferido por quien fuese el grito: «¡Que se los lleven...!», que sería decir mucho; desbordaba sentido de la patria y asumía un estimulante valor de

símbolo. Los franceses se llevaban, en efecto, a algunas de las personas reales que todavía quedaban en Madrid. Se llevaban también—o lo pretendían—la Independencia de España. Y eso no podía ser... Los cronistas de la enardecida mañana añaden a la «muñerzuela» consabida, un cerrajero que desde el arroyo jaleó a la multitud, y un gentilhomme que desde un balcón de Palacio, asimismo hubo de excitar la pasión del pueblo. De arriba abajo, pues, Madrid se lanzó al ataque, y resultó que el batallón con dos piezas de Artillería enviado por Murat para restablecer el orden por el apetecido aviso de la incipiente lucha, dilatóndola, por calles y plazas, costanillas y travesías—venas de sangre ardiente—a Madrid todo.

Pero es clásica a este respecto la página en que Toreno refleja el primer choque: «Los franceses fueron impetuosamente acometidos por doquiera que se les encontraba. Respetáronse en general dos que estaban dentro de las casas o iban desarmados, y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus Cuerpos o hacían fuego. Los hubo que, arrojando las armas e implorando clemencia, se salvaron y fueron custodiados en paraje seguro. ¡Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algún tiempo los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero, desgraciadamente, fué de corta duración su alegría. Los extranjeros, prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitación de una populosa ciudad, apresuradamente se avanzaron por las calles de Alcalá y carrera de San Jerónimo, barriéndola con su artillería y arrollando a la multitud la caballería de la Guardia Imperial, a las órdenes del jefe de escuadrón Dumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que conforme a las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daural, forzaron las puertas de algunas casas, o ya porque desde dentro hubiesen tirado, o ya porque así lo fingieron, para entrar a saco y matar a cuantos se les presentaban...»

En la tremenda colisión la derrota de los madrileños parecía prejugada, aunque el Parque de Artillería franqueó sus puertas al pueblo que pedía cañones, sacándolos gracias a la decisión de Velarde y de Daoiz, que conocían bien cuál era su deber, a despecho de las órdenes recibidas en contrario, y por las cuales la guarnición permanecía en el secuestro de sus cuarteles. Los artilleros del Parque rompieron con todo, y escuchando no más que la consigna automática de su furor patriótico se vieron secundados por oficiales de otras Armas y numerosos grupos de paisanos.

La defensa del Parque llamado de Monteleón, centró el frenesí del barrio de Maravillas, y, a poco, de todo Madrid, pues ningún otro foco de resistencia podía desarrollar la energía acreditada allí con singularismo empuje, por reñirse la pelea en condiciones mejores—relativamente mejores—, considerados el armamento y los mandos. Fuego de fusilería y de cañón aseguraba de momento el improvisado baluarte. Se situó un cañón hacia la calle Ancha de San Bernardo, en tanto otro enfilaba la de San Pedro la Nueva, y otro la de San José, este último servido por esas mujeres que aparecen crónicas, empujando los cañones, en trepidante décima de Bernardo López.

El arroyo era temerario y desenfrenado la fuerza combativa de cada cual, en corrientes impetuosas que barría el contorno, en uno de cuyos ángulos surgió la figura de Malasana y su hija Manuela que le llevaba cartuchos para alimentar la escopeta, hasta que un tiro francés tronchó aquellos floridos diecisiete años. Fué, primero, un piquete, la fuerza enemiga que pretendió entrar en el Parque. Luego, una columna cuyos gastadores ya empezaban a romper con hachas la puerta, cuando un cañonazo desde dentro les hizo caer o huir. Después el ataque se tanteó por la espalda. Formalizado el hecho de armas, Murat envió 4.000 hombres de infantería, dos escuadrones y cuatro piezas, al mando del general Lagrange. Tanto confiaba el francés en la superioridad de sus medios de todo orden, como en la flaqueza moral de los defensores del Parque, que, lógicamente, no desconocían la imposibilidad de sostenerse y resistir: cálculo que nunca puede hacerse a cuenta de soldados españoles. Los defensores del Parque se crecieron aún más, y a nuevos refuerzos del enemigo cundía la magia de Daoiz y Velarde multiplicando el valor y las municiones. Se llegó al cuerpo a cuerpo, y Daoiz, después de herir a Lagrange, tuvo que hacer frente, también herido, a la tropa francesa que sobre él hubo de cargar. Un bayonetazo, recibido a traición, le hizo caer para siempre, mientras Velarde, en otro remolino del tempestuoso encuentro, moría de un disparo a quemarropa. Aún sin sus dos jefes, la empeñada defensa no se desmoronó, y todavía se siguió peleando, del patio, ya invadido, a las crujiyas y desvanes, regateando a palmos el terreno, hasta que fueron materialmente aplastados los muy pocos combatientes de España que todavía alzaban su cabeza sobre las olas de metralla.

Eran las primeras horas de la tarde, y una tremenda consternación, matizada por el orgullo de lo hecho y la fe en lo que se habría de hacer saturó la ciudad y sus casas, una a una, alentando las impresiones, con rabia y larvada ilusión, del ejemplar sacrificio. La inmolación no sería inútil, como tampoco caían en vano los madrileños que a centenares iban siendo conducidos al Prado o a la montaña del Príncipe Pío, para que su fusilamiento pusiera a la jornada el intimidatorio punto final que Murat apetecía y la causa del Emperador necesitaba en verdad. Pero España se erigiría, sin pérdida de minuto, sobre los cadáveres del 2 de mayo, que constituyeron la mejor y más persuasiva arenga, la poderosa razón inmediata del alzamiento nacional.

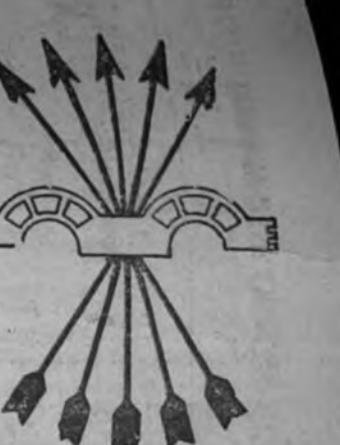
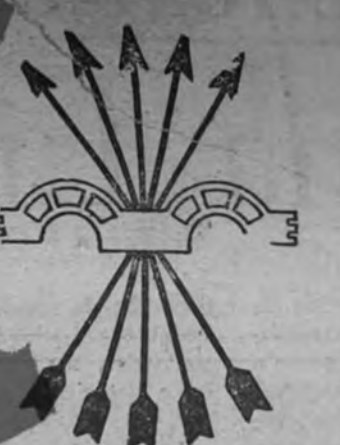
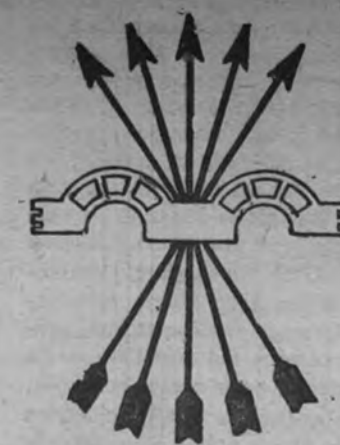
Goya supo sentir el aire de reto que desató Murat con su terror, y que ganivet habría de subrayar, tiempo adelante, al descubrir un símbolo de nuestro pueblo en «aquel hombre o fiera que, con los brazos abiertos, el pecho salido, desafiando con los ojos, ruge delante de las balas que le asesinan».

Y la Junta, la famosa Junta Suprema, que sólo daba apariencia de poder a la menguada España oficial...? La Junta negoció una capitulación con Murat, que no fué cumplida, si es que algo llegó a concertarse. La orden del día o bando, suscrito por el jefe del Estado Mayor francés, Belliard, añadió sarcasmo a la cruel violencia, sirviendo su articulado de pretexto al acoso de los madrileños que, probablemente, conocieron por vez primera la macabra ironía del «pasos», al otro mundo.

El testimonio de Toreno vale mucho más, por todos conceptos, que las mejores palabras escritas hoy:

«Muchos llegaban al lugar de su horrible suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el montón, caían muertos o mal heridos, pasando a enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron a que pasase el día para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavía al recordar la triste y silenciosa noche, sólo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas, y por el ruido de los fusiles y del cañón que, de cuando en cuando, y a lo lejos, se oía y resonaba...»

El río de sangre desembocó en épico mar. No acabó el 2 de mayo, por supuesto, en seca historia, sino en la muy embravecida y dudosamente liquidada guerra de la Independencia.



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

AÑO II

MADRID, 2 DE MAYO DE 1943

NUM. 70



DOS DE MAYO: ESPAÑA LIBRE

SUMARIO

Portada, de Suárez del Arbol.

España Libre (Editorial), (dibujo de Tauler). Página 2.

El Dos de Mayo de la Prensa española, por Juan Aparicio. Página 3.

La juventud, garantía de la Independencia, por José Antonio Eliola (ilustración de Carlos Tauler). Página 4.

Los Sindicatos, al servicio de la Independencia de España, por Fermín Sanz Orrio (dibujo de López Sánchez). Página 5.

Nuestra Independencia económica, por Antonio Robert (ilustración de Suárez del Arbol). Página 6.

El español, en pie sobre su barco, por J. A. Pérez Torreblanca (dibujo de Pedro Bueño). Página 8.

Lo que puede y lo que no puede el pueblo, por Eugenio Montes (ilustración de Kin). Página 9.

El ejército, garantía de Independencia, por Emilio Torrente (dibujo de Serny). Página 10.

El Dos de Mayo, contado por dos testigos: Alcalá Galiano y Mesonero Romanos. Página 11.

El Dos de Mayo, un día de gloria, por Melchor Domínguez de Arce (ilustración de Arce). Página 12.

España Libre



EA que nuestros inmediatos antepasados se lo ocultaran a sí mismos hábilmente, sea que las proyecciones de su tiempo les impidieran verlo, ello es que España no ha sufrido en su carne la amargura de su cierta postulación, de su vida mediatizada, intervenida, no independiente. Más de un siglo llevábamos quemando en honor de los héroes de 1808 nuestro más exaltado lirismo y los perfumes más olorosos del homenaje nacional, sin que hasta hace bien poco despertáramos a la conciencia de que hay algo más que la coacción de las armas para privar a un pueblo de su libertad. El orgullo español, de donde proceden con harta frecuencia los arranques poderosos del genio de la raza, se ha mantenido en la ignorancia de la situación efectiva por que atravesábamos. Fuera de su alcance las presiones y las habilidades diplomáticas, como las consecuencias de los tratados de comercio y de las concesiones del Estado; y ajeno, sobre todo, al significado y a las consecuencias del movimiento intelectual en que estaba implicada la Patria, dormía haledado por su aparente libertad, exaltándose ante el recuerdo de sus mayores y alimentando la entrañable resolución de conservarse intacto y fiel. El hecho averiguado ya definitivamente y entregado a la sabiduría popular para aleccionarla, es que nuestra Patria no ha sido independiente desde que se apagó la luz extraordinaria de los grandes siglos, y que un verdadero oprobio ha pesado sobre la Historia de España, mientras el español a secas se encuadraba en las Milicias nacionales o se echaba al monte en partidas para desahogar la desazón íntima, que, más o menos expresa, le oprimía el corazón vehementemente. Cualquiera tribuno que apeló a las multitudes con santas palabras, prometiendo la andadura de un camino nuevo y limpio encontró coraje, partidarios y hombres de lucha. Pero si ello demuestra de una parte la conservación del temple indígena y el instinto despierto de su pesadumbre, acusa, de la otra, impensablemente a quienes una y otra vez defraudaron las ilusiones del pueblo, y temblaron lo mismo ante la coacción moral o física de un Gobierno extraño, que ante el repudio formidable de sus compatriotas si alzaban a medir su ahyecación. Estos son los dos rasgos fundamentales de aquel tiempo henchido de miserias: la corroboración de la suscumbibilidad y de la pureza de la raza entre los gobernados, dispuestos siempre al trance de honor; y la cobardía, la estrechez de criterio o la pequeñez de ánimo entre los gobernantes, entre los encargados de alimentar la moral española, entre los responsables de nuestras impropiedades y de nuestros infortunios.

Volviendo ahora la vista atrás, la causa más profunda del envilecimiento de las altas clases de la sociedad, se revela en la invasión de España por las ideas francesas del siglo XVIII, para las que la oposición de un Fornier, de un padre Alvarado o las limitaciones del ambiente no constituyeron barrera insalvable. La libertad de un país no está solamente en la apariencia de gobierno soberano con todos los atributos de su entidad y con el apoyo de un espíritu nacional vivo, de la misma manera que la simple declaración constitucional de la igualdad de derechos y de deberes entre los ciudadanos no libraba al asalarinado del dominio de las potencias económicas. La hazaña de subyugar desde París a toda Europa intelectualmente, no por ser superior a los designios de

liberados de un Estado deja de ser asombrosa. La ley natural que rige las amistades, los antagonismos geográficos e históricos, la hostilidad y la guerra, saltó ante los principios del liberalismo, dejando paso al mito de la Francia intangible, cerebro, sal y quintesencia del Continente y a los escandalosos fraudes sobre la humanidad, el progreso y la cultura. Gracias a esta ofensiva, cuando Napoleón quiso apoderarse de España mediante la suplantación de la dinastía, pudo encontrar entre nuestros compatriotas los Moratines, los Cabarrús y sus comparsas de afrancesamiento, acaso con rectitud de intención. Más aun, la misma élite congregada en Cádiz para representar al pueblo español y dar carácter a la Junta de Regencia, mientras animaba calurosamente el levantamiento, rendía tributo a la idea invasora e inauguraba la serie de aquellas constituciones que se hacían de momento, ocupaban pocas hojas y duraban pocos días, como dijera Jovellanos. Gracias a esa corriente del pensamiento, Francia, que en el pasado siglo sufrió repetidas veces la ocupación de su territorio por Ejércitos extranjeros, se conservó indemne al fin, y siempre en condiciones de rehacer su poderío militar. Sin ello, ni la conjura de Erfurt habría terminado tan a gusto de Talleyrand, ni Bismark se hubiera impuesto tal compostura, ni acaso Prim hubiera sobrestimado la fortaleza del segundo Imperio francés y rehul-

do una alianza que hubiera cambiado el destino del mundo.

Así, a través de la serie de pronunciamientos y de guerras civiles que asolaron a España en el pasado siglo, Francia e Inglaterra alternaban en el apoyo de los adversarios, de manera que la resultante se trazaba entre Palmerston y Guizot, verbigracia, en el momento oportuno y preciso para ellos. La descodada intervención extranjera alcanzó en ciertos momentos relieve y carácter tan insufrible, que Narváez hubo de expulsar a Mr. Bulwer, si bien con todo género de paliativos, y no fué ajena a la caída de Espartero la voz pública de su incondicional entrega a la Gran Bretaña, clavada en una copia a la puerta de su vivienda, frontera a la Embajada:

En este palacio habita el Regente, pero el que nos rige, vive en el de enfrente.

Es la Falange, y de hecho el 18 de julio de 1936 quienes marcan la divisoria y la inauguración de la libertad de España, que hoy ya se acusa en una política internacional genuina donde los intereses nacionales se confinan con el deber histórico de la hora. El hambre hispánica de gloria y de albedrío incondicionado que representa el Caudillo, como símbolo y ejecutor de la Revolución nacional, no hurta a su desvelo ni las apariencias, ni los instrumentos ni los recursos de la soberanía. A los viejos tópicos, cuya última y suprema manifestación fué el espíritu pacifista de la República, con su renuncia a la guerra y los coquetos internacionales de la zona roja, ha sucedido una investigación profunda y completa del destino de España, de los imperativos geográficos del territorio español y de las constantes históricas del juego europeo de fuerzas. El ánimo decayido que cundió a raíz del 1898 con la pérdida de Cuba y Filipinas se ha recobrado ante el magnífico ejemplo de la Cruzada, y,

últimamente, de las hazañas de nuestro voluntarios falangistas en la tierra helada de Rusia. No sólo se atiende a las formas, sino que por obra de la exigente ambición que abrigamos, se penetra en el fondo de las cuestiones; y, desde la economía a la Marina y del Ejército a la industria, el Estado español ha recobrado su función, su grandeza y su eficacia. La obra de la Falange en este aspecto equivale a una reconstrucción entera del patrimonio español. Comienza por la doctrina de la Patria, enraizada en postulados de validez eterna, prosigue en la técnica del mando y de la política y termina en la acción concreta, escrupulosa, constante desde todos los campos. Sólo ahora puede considerarse España libre y celebrar este aniversario del mes de mayo con absoluta dignidad, porque si el estado real de la política ha de influir, a no dudarlo, en sus decisiones, nada que no sea el hecho en sí mediatiza su ánimo, y conserva en Franco, asistido por la inquebrantable unidad de los españoles, la entereza de juicio para resolver y para estimar. Libre España en los espíritus despiertos a la vocación específica nuestra, libre en sus tierras y en sus mares, resuelta a recobrar el puesto a que le hacen acreedora su historia y su grandeza, persuadida de la enemistad franca, pero también del ataque solapado a su poder, a su prestigio y a sus designios. Al cabo de casi un siglo y medio, y después de sufrir otra convulsión cruenta y enconada, recogemos el ahínco de los oscuros españoles que lanzaron el grito contra el invasor y le opusieron su rabia casi inerme. Tan largo lapso de tiempo ha sido preciso para cobrar realidad política el primero de los sueños españoles. En el «España Libre» de la Falange, terminan definitivamente aquellas conmemoraciones falsamente retóricas del Dos de Mayo, en que se cantaba hiperbólicamente la independencia bajo una efectiva España maniatada.



EL DOS DE MAYO, CONTADO POR DOS TESTIGOS

Alcalá Galiano:



MANECIO el día 2 de mayo, tan célebre en los anales de la nación española. Estaba yo vistiendo para salir a la calle con la inquietud natural en aquellas horas, cuando entró azorada mi madre, y sólo me dijo las palabras: ya ha empezado. Véase, pues, que

no se necesitaba designar el hecho que tenía principio, sino que se daba noticia de su llegada como de cosa conocida, y cuya tardanza daba golpe. Me asomé al balcón y noté correr las gentes. Al momento, viéndome de cualquier modo, me puse en la calle. Vivía yo en la calle del Barco, en la casa que tiene esquina a la de la Puebla Vieja, sitio no de los de mayor concurrencia, aunque tampoco de los más apartados del centro o de los lugares donde más ardía la pelea, en lo que hubo de verdadera pelea en aquel día. No bien salí, cuando vi algunas gentes de la plebe furiosa seguir a tres franceses que, trabados del brazo, iban por el arroyo evitando las aceras, con paso firme y regular continente, a su sereno, digno, amenazándonos una muerte cruel y teniendo que sufrir ser blanco de atroces insultos.

Sin embargo, los que les seguían se contentaban con decirles injurias y prometerles acabar con ellos; pero no pasaban de las palabras a las obras, sintiendo repugnancia en acometer a aquella gente indolente, circunstancia que faltó en algunos casos, pero que no fué tan rara cuanto se supone; pues si cayeron asesinados muchos del Ejército invasor al intentar trasladarse de sus casas a los cuarteles, no meones hubo que, sin recibir lesión, hicieron un tránsito tan peligroso. Los tres de quienes he hablado bajaron por la calle del Poz, y yo los vi a largo trecho seguidos y acosados, pero no tocados por sus perseguidores. Hasta hubo un hombre bien portado que tuvo valor para decir que no debía emplearse la furia española en hombres así desarmados y sueltos; siendo muy de notar que este consejo, sin ser atendido ni desestimado, no causase a quien le dió el mayor daño en aquella hora de eferescencia.

Oíase entre tanto algunos tiros a lo lejos, pero no descargas. Ibanse juntando cuadrillas tan ridículamente armadas, que era locura en ellas pretender habérselas con soldados franceses. A una de ellas, capitaneada por un muchacho como artesano, que gritaba: ¡Muchachos, a reunirse, viva Fernando! me agregué yo, y echamos hacia la calle de Fuencarral. Pero unos insistían en que fuésemos a los cuarteles a juntarnos con la tropa y con ella pelear en orden, y otros querían que embistiesen con los franceses desde luego, esto es, que cayésemos sobre los que pasaban, como aquellos a quienes acababa yo de ver perseguidos poco antes. En suma, era la cuestión entre el Ejército regular y las guerrillas. Pendiente la disputa, uno se volvió a mí, y me preguntó: ¿Qué hace usted? La mala traza de mis asociados me disgustó, y dije: No tengo armas, y voy a mi casa a buscarlas. En efecto, iba yo de paisano. Voya usted, me dijo otro; pero de ellos, uno, parándose y notando mi complexión débil y mis apariencias de señorito y de tener menos que diecinueve años (que era mi edad) me dijo con desprecio: Usted no sirve para nada.

El cumplimiento, aunque tal vez merecido tratándose de la clase de obra que mis casuales compañeros me proponían, no me dió gusto, y si la sospecha de que debía temerlos tanto cuanto a los franceses. Escurreme, pues, y estando cerca mi casa, me entré en ella, a donde, tomando mi sombrero con galón de plata y mi espada, volví a salir en traje que ahora sería raro, y no lo era entonces, cuando solía llevarse el sombrero de militar con el frac o la levita de paisano. Otra vez en la calle, tropecé con un oficial, a quien pregunté lo que había. Contestóme él con la pregunta del Cuerpo a que yo pertenecía, creyendo por el galón de mi sombrero que era yo de las Guardias de Corps o de las Españolas o Walonas. Pero como le dijese que era maestreinte, no más me dijo que me volviese a casa, que los militares tenían orden de no moverse y de tirar a sosegar el tumulto; que éste había empezado hacia la plaza de Palacio, con motivo de ir a ponerse en camino para Bayona los infantes don Antonio y don Francisco de Paula; que el pueblo había caído sobre franceses dispersos, y dado muerte a algunos; pero que yendo juntándose los enemigos en grande y ordenada fuerza, ninguna había capaz de hacerles frente; que la rabia popular estaba en su más alto punto y era temible, y, en suma, que seguir yo por las calles no me llevaría a fin alguno bueno.

La pelea trabada en el Parque de Artillería fué de gran lustre para los que le defendieron. Las tropas tenían orden de no

hostilizar a los franceses y de mantenerse encerradas, pero sin prevenirseles qué harían en el caso de venir a sus cuarteles los soldados extranjeros. Los franceses destacaron alguna fuerza a ocupar el lugar donde estaban los cañones que podrían ser empleados en su daño. Los artilleros y la poca tropa de infantería que allí cerca estaba, determinaron oponerse a la ocupación por fuerza extraña de puntos que guardaban, sin que orden alguna autorizase a entregárselos. Hubo, pues, desde luego, hostilidades en que el superior número de los franceses les dió pronta victoria, con mucha honra de los vencedores. Murieron, como es sabido, con heroi-

dad, el capitán de Artillería don Luis Daóiz y el teniente del mismo Cuerpo don Pedro Velarde, y cayó gravemente herido D. N. Ruiz, oficial de infantería del regimiento de granaderos del Estado. Varios soldados y paisanos tuvieron la misma fatal suerte.

Mientras esto pasaba, en lo demás de Madrid casi no había pelea, pero paz tampoco. Algunas cortas cuadrillas, y aun hombres sueltos insistían en matar franceses. Pero ya de éstos no andaban muchos o pocos desperdigados por las calles. A los que formaban en compañías o piquetes ocupando algunos puestos, hubo hombres locamente arrojados que les hi-



Mesonero Romanos:

AS diez poco más o menos serían de ella, cuando se dejó sentir en la modesta calle del Olivo la agitación popular y el paso de los grupos de paisanos armados, que con voces atronadoras decían: ¡Vecinos, armarse! ¡Viva Fernando VIII! ¡Mueran los franceses! Toda la gente de casa corrió presurosa a los balcones, y yo con tan mala suerte, que al querer franquear el dintel con mis piernas, fui a estrellarme la frente en los hierros de la barandilla, causándome una terrible herida, que me privó de sentido y me inundó en sangre toda la cara. Mis padres y hermanitos, acudiendo presurosos al peligro más inmediato, me arrancaron del balcón, me roclaron, con agua y vinagre (árniea de aquellos tiempos), me cubrieron con yesca y una pieza de dos cuartos la herida y me colocaron en un camapé, a donde volví en mi entre ayes y quejidos lastimeros.

Este episodio distrajo a todos por el momento de la agitación exterior; pero arreciando el tumulto y escuchándose más o menos cercanos algunos disparos, hubieron de decidirse a cerrar los balcones, reforzando el cierre con los gruesos barrotes o trancas, que entonces eran de general uso en todos ellos, en gracia sin duda de la seguridad personal que ofrecía aquella sociedad. Mi madre, sin desatender el cuidado del herido, acudió presurosa a encender algunas velas delante de una imagen del Niño Jesús, que encerrada en una urna de cristal campeaba sobre la cómoda, por bajo del tremor o espejo, y sacando luego su rosario, se puso a rezar con fervor. Mi padre fué, sin conseguirlo, a detener al amanuense (Bujeros), que se empeñaba en ir a la calle a ver lo que pasaba; y el americano Campos y su sobrino el Guardia Montenegro también se marcharon, porque—decía éste último—que a la menor señal de tumulto tenían orden expresa de encerrarse en su cuartel.

Pocos momentos después de haber salido de casa, se presentó en ella muy azorado otro individuo del Cuerpo, que por lo que pude entender se llamaba Butron, y no sé si sería el mismo que después figuró en la guerra con el grado de general; pero éste no sólo venía a recoger a Montenegro, sino también a dejar su espada y alguna prenda de vestuario, para evitar, según decía, que los grupos de paisanos le obligasen a ponerse a su cabeza; plantando de paso lo formidable del alzacinto, con que dejó a mis padres en congoja extrema, e hizo a mi pobre madre reforzar con otro par de velas la imagen del Niño Jesús.

Pasaban las horas en tan crítica ansiedad, cuando vino a excitarla otro incidente aún más fatal, y fué el escucharse un tiro, disparado, al parecer, de la propia casa, a que contestaron otros varios desde fuera, dirigidos a los balcones de ella, algunas de cuyas balas se estrellaron en las fuertes maderas de cuarterones o en los infinitos clavos de la puerta del portal, que había tenido cuidado de cerrar el zapatero remendón que hacía las veces de portero.

Aquí la consternación se hizo general, y creció de todo punto cuando a pocos momentos presentóse muy demudado el inquilino del cuarto tercero (don Tadeo Sánchez Escandón), confesando que él había sido el que había disparado su escopeta contra un centinela o piquete de franceses que estaba en la esquina de la calle del Carmen, y que sin duda éste era el motivo de que los aludidos hubiesen contestado con otros disparos a los balcones y fuertes embates a la puerta, que, según después se supo, marcaron con las bayonetas con una X fatal.

En medio de la angustia general y de las recriminaciones hechas al causante inadvertido de este desmán, hubo que atender por el pronto a su evasión, que verificó por una buhardilla o desván interior de la casa, en que mi madre tenía su bien provista dispensa, con lo cual quedaron algún tanto apaciguados los ánimos, si bien con el recelo que es de suponer.

Bien entrada la tarde, aparecieron patrullas de caballería, a cuyo frente iban las autoridades civiles y militares, varios consejeros de Castilla y hasta los ministros Urquijo, Azanza y otros, que, enarbolando pañuelos blancos, decían: ¡Vecinos, paz, paz, que todo está compuesto! cuyas voces parecían derramar unas gotas de bálsamo sobre los angustiados corazones; pero acabada de cerrar la noche, comenzaron a oírse de nuevo descargas más o menos lejanas y nutridas, que parecían (y éranlo en efecto) producidas por los franceses, que inmolaban a los infelices paisanos a quienes suponían haber cogido con las armas en la mano. Estos cruentos sacrificios se verificaban simultáneamente en el patio del Buen Suceso, en el Prado a la subida del Retiro y delante de las tapias del convento de Jesús, en la Montaña del Príncipe Pío y en otros varios sitios de la población.

A todo esto, mi madre redoblaba sus rosarios y letanías; mi padre se paseaba agitado, y los chicos, y yo especialmente, por el dolor de mi herida, llorábamos y gemíamos, faltos de alimento, que nadie se cuidaba de prepararnos, y de sueño, que no podíamos de modo alguno conciliar.—Y las descargas cerradas de fusilería continuaban en diversas direcciones, lo que, supuesta la falta de resistencia y la sujeción del pueblo, daba lugar a presumir que los inhumanos franceses se habían propuesto exterminar a Madrid entero.—Y era, según se dijo después, que el sanguinario Murat, aplicando en esta ocasión el procedimiento seguido por su cuñado Bonaparte en las célebres jornadas del Vendimario, había dispuesto que en las plazas y calles principales, así cénticas como extremas, continuase durante toda la noche aquel horrible fuego, aunque sin dirección, y con el objeto de sobrevenir y aterrorizar más y más al vecindario.—¡Qué noche, Santo Dios! Setenta años se cumplen cuando escribo estas líneas, y siglos enteros no bastarían a borrarla jamás de mi memoria.

(De «Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid», escritas por Ramón de Mesonero Romanos.—Madrid, 1880, páginas 38 a 41.)

cieron fuego, pagándose casi siempre el atrevimiento con la pérdida de la vida. Las gentes de clase superior estaban acostumbradas a los balcones en los puntos donde no había tiro, y desde allí viendo y oyendo procuraban enterarse de lo que pasaba. Los de nuestra calle hacíamos lo que en todas. Hubo ocasión en que creyendo empezada la lid y viendo pasar paisanos furibundos sin armas y pidiéndolas, acudí yo a juntar las pocas que había en casa y a echárselas desde el balcón, lo cual me estorbó hacer mi madre, no obstante su odio arrelatado a los franceses; y me estorbó con acierto, pues averiguando a alguno haber hecho lo que yo intenté, fué castigado con muerte pronta. Vivía enfrente de nuestra casa, por el lado de la calle del Barco, la señora condesa de Tilly, cuya madre habitaba en el cuarto superior de la casa en que yo ocupaba el primer piso. Habíase de balcón a balcón. En un momento pasó por la calle, vestido de uniforme, D. N. Morfi, oficial de los Guardias Reales de Infantería, y conocido nuestro día vista, por ser gaditano. Preguntándole qué había desde casa de la señora de Tilly, respondió vituperando el alboroto y tratándole de despreciable, así como aconsejando la tranquilidad, o por ser, como era, adicto a los franceses o por creer oportuno aplacar el furor reinante y desvanecer ilusiones hijas de esperanzas locas. En efecto, poco antes o después, un pobre desaharrado había publicado a gritos que un gran Cuerpo francés se había rendido todo; y la noticia de tal imposible, creída, había sido celebrada a palmadas desde todas las casas.

Así iban pasando las horas. La refriega en el Parque de Artillería, ocurrida bastante después de empezado el alboroto, había sonado con gran estruendo en nuestro barrio, del cual no distaba mucho el Parque, situado en la parte alta del de las Maravillas. Hasta había venido una bala de cañón, disparada no se acierta a qué objeto, a dar en la pared de la casa que formó la esquina de la calle del Barco con la plazuela de San Isidro, donde dejó una señal que duró por algún tiempo. Adelantaba ya la tarde; situóse una centinela junto a la pared de la iglesia últimamente citada, dominando desde aquel sitio la calle del Barco, que tanto ahonda hacia donde promedia. Esto dió origen a una escena graciosa de las muy frecuentes en aquel día. Apostóse en la parte más baja de la misma calle del Barco, y cabalmente en el ángulo formado por nuestra casa, un intrépido manolo, resuelto, según parecía a pelear, cuando ya pocos en Madrid seguían la desesperada contienda, y parajándose con la esquina apuntada al francés, el cual le correspondía con igual ademán, pero sin disparar uno u otro, aguardando cada cual a que lo hiciese antes si contrario; hasta que pasado largo rato en bajar y subir el arma ambos enemigos, entre risa de los espectadores, retiróse el español y púsose a pasear el soldado extranjero, siendo de temer que el último cayese entre las víctimas sacrificadas en aquella tarde y la siguiente noche. Cesando ya el ruido del fuego y del vocerío del iritado pueblo, empezaron a aparecer patrullas en que iban mezclados soldados españoles con franceses, acompañándolos y guiándolos oficiales de ambas naciones, que en alta voz pedían paz y sosiego, prometiéndolo el olvido. Los Guardias de Corps patrullaban en compañía con polacos de la Guardia Imperial, tolon ellos de la nobleza, advirtiéndose en los rostros de los primeros el dolor y el disgusto, y en los de los segundos, el enojo. También se sonó y publicó que el Gobierno español había solicitado e impedido del príncipe generalísimo francés que no tuviese consecuencias el grave suceso ocurrido, pacto solemnemente hecho y escandalosamente quebrantado.

A las primeras horas de la tarde reinaba ya en Madrid una paz triste, acompañada de terror y rabia. A poco más de las cuatro de la tarde salí yo con el sombrero de militar, que me hacía ir más seguro. Encaminéme a casa de la señorita de quien he hecho mención, como objeto entonces de mi pasión amorosa, y residiendo ésta en un cuarto bajo de la calle del Poz, en su ventura me aludí como tenía de costumbre. Velamos pasar las patrullas por la calle casi solitaria. Pasado algún tiempo, advertimos una novedad, y fué que los que llevaban copa, que eran entonces casi todos, eran obligados a echársela doblada al hombro, para que debajo de ella no ocultasen armas. Así había entre los vencedores españoles y los vencedores franceses miradas de indecible provocación, siendo las de los últimos de insolencia y enojo, y de más vengativo y reconcentrado rencor las de los primeros, como si aun en aquellas circunstancias desafiases a sus dominadores basando acercando la noche y rubiándose el tiempo, amenazaba lluvia, habiendo sido serena la mañana. Por esta y otras razones me recogí a mi casa antes que anochece, acción imitada por casi todos, pues poquitos fueron los que pisaron las peligrosas calles de la capital en aquella noche aciaga y terrible.

(De «Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano», publicadas por su hijo.—Madrid, 1880, Tomo I. Páginas 109 a 112.)



Por EMILIO TORRENTE

La guerra es un hecho que las teorías pacifistas no han logrado evitar. En la individual, la guerra puede ser paliada, porque el Estado dicta leyes reguladoras de las relaciones y posee una fuerza de coacción con la cual puede mantener el respeto a lo instituido, a las costumbres, a las personas. Con todo, se producen transgresiones, porque las fuerzas coactivas pueden limitar el mal, pero no evitarlo.

En las relaciones entre los Estados no existe fuerza de coacción capaz de imponer una permanencia o, por lo menos, una continuidad en lo instituido. El equilibrio puede existir, y, en este caso, la relación normal se mantiene; pero este equilibrio no lo es de razón, sino de fuerza.

El Estado crea una fuerza de la cual conoce su potencia, conoce a medias la reacción y el punto de aplicación. Crear una fuerza representa tener la noción de una defensa directa, o tener la idea de aplicarla para defender la razón propia, o para conservar un estado de excepción, o crear uno, en beneficio propio.

La creación de la fuerza no es propiamente la causa de la guerra. El hombre tiene un afán luchador que lo manifiesta en lo individual y en lo colectivo.

En lo individual es la conquista del pan de cada día, de un buen puesto en el tranvía, de una colocación ventajosa, de una mujer bella. La marcha en los límites de la legalidad la sigue, no por propio impulso, sino porque su voluntad de ejercer la fuerza física para el logro de sus fines está condicionada por los elementos de policía que, para guardar y conservar su orden organizan los Estados. No es la civilización ni la cultura las que limitan el empleo de la fuerza física; es el miedo, y en momentos de pasión ni éste contiene a los hombres. Las reacciones son distintas, claro es, según los temperamentos y la educación; un hombre educado con arreglo a los principios de una moral severa es más difícil que conculque las leyes y que desconozca la razón o los derechos de los demás. Este desconocimiento de la razón o del derecho ajeno es causa permanente de luchas que dan vida a ciertos profesionales; si los hombres permanecen en el cauce legal, porque a ellos acuden en demanda de que arreglen sus diferencias; si no, porque son ellos los encargados legalmente de sacar adelante, sin violencia aparente, la sanción de un cliente, o también porque conculcan las leyes con la violencia, son ellos los juzgadores o los defensores del atropellador.

Así la lucha, unas veces por cauce legal, otras por la violencia; unas veces con razón, otras sin ella; unas veces la educación poniendo guante blanco a la mano fuerte, otras golpeando sin disimulo, el hombre lucha, esgrime armas más o menos legales en defensa de sus derechos o sus caprichos, aplasta a su enemigo en momentos de pasión o cuando cree que se le han cerrado todas las puertas, pero lucha, y a veces es cruel para conseguir sus fines.

En lo colectivo las causas no varían. Los pueblos tienen individualidad más o menos caracterizada por notas externas que los distinguen unos de otros; y no es distinta la componente pueblo del carácter de cada uno de los individuos, sino que según éstos, así se comporta aquél. Cada pueblo, como cada hombre, tiene unas necesidades colectivas que debe imperiosamente satisfacer, so pena de correr el riesgo de desaparecer como entidad libre e independiente. El pueblo, entidad colectiva, tiene que ganar el pan nuestro de cada día; pero al lado de esta satisfacción material se encuentra con otra, que es su situación en la historia y en el territorio. El hombre puede evitar un mal paso dando un rodeo, o una intrusión de ladrones con un cerrojo y un policía; un pueblo es demasiado grande para permitirse la posibilidad de eludir el logro de un fin o soslayar un peligro.

La situación histórica le marca un camino, que si lo olvida, que si lo pierde, que si se deja apartar de él, sobreviene la decadencia primero, la desaparición después; la situación territorial le impone obligaciones, servidumbres, que podrá eludir, pero en ello le va la vida; y la muerte de un pueblo es la ruina y la miseria y el sufrimiento de millones de individuos, que si contribuyeron a labrar el estado de cosas que sufren, en sus manos estuvo evitarlo con un sacrificio, acaso, pero siempre inferior a los males que su descuido o cobardía les ocasiona.

El temperamento luchador individual se manifiesta en lo colectivo. Si los componentes de un pueblo son belicosos, el Estado en sí será arrastrado por el afán guerrero de sus componentes, y tendremos uno de esos pueblos espumas. Cuando no pueda guerrear con los vecinos, guerreará entre sí.

Este temperamento colectivo se transmite siempre a la Dirección del Estado o al conductor del pueblo. Un hombre pacifista no puede ser el Jefe de un Estado integrado por individualidades exaltadas por la pasión de lucha. Su política tenderá, necesariamente, el sello de la vitalidad de su pueblo. No deseará encontrar dificultades, pero no las soslayará. Sostenido, impulsado por el temperamento de la

masa, llegado el momento no vacilará en ejercer la fuerza para conseguir sus fines.

El empleo de la fuerza para conseguir sus propósitos, que anima a los pueblos con afán luchador, crea, paralelamente, en los pueblos linfáticos, en los cómodos, en los débiles, una necesidad defensiva que les lleva a resistencias, unas veces directas, otras apoyándose o entrando en la órbita de otros pueblos fuertes; es decir, perdiendo la libertad de acción por la pereza, la cobardía o la incapacidad para ejercer la fuerza.

De esta manera, en unos pueblos fuerza potencial deseando ponerse en actividad; en otros, fuerza resistente; pero esa fuerza representa siempre una organización de elementos para ejercerla.

X no siempre fué la organización de la fuerza ocasionada por una necesidad de lucha de dentro hacia el exterior, fuerza expansiva, sino que fué un complejo interno integrado por diversas necesidades del Poder Público, que buscaba en su organización el valladar que oponer la desintegración, a la anarquía, y el modo de mantener en la obediencia a vasallos más o menos levantiscos, y que por la organización social del momento disponían de una fuerza que no se integraba en el total nacional más que en ciertas circunstancias.

La fuerza organizada de una nación es su Ejército.

Ciertamente que el Ejército es una fuerza, pero no únicamente la organización o armónica combinación de elementos de lucha, fuera de la cual podrá existir el deseo, pero no la capacidad luchadora. El Ejército es fuerza organizada, pero con una voluntad que habrá de manifestarse en lo externo con actos de fuerza; en lo interno, con la disciplina y con la abnegación.

No puede ser ni será otra cosa que el exponente de la capacidad luchadora del pueblo.

Pueblo que no vacila en llevar por cauces de fuerza su política externa, cuando por medios pacíficos no puede lograr sus fines poseerá un Ejército con predominio de ideas ofensivas para la acción, y su doctrina de guerra le impulsará a llevar la guerra a territorio enemigo. Lo hará cuando llegue la ocasión, porque su espíritu, coincidente con el de su pueblo, le lleva a la expansión.

Pueblo cómodo, de vida fácil, capaz de sentir el peligro; pero con el pensamiento de eludirlo por la política, será capaz de una defensa y de llegar, en último extremo, a resistencias desesperadas; edificará, para poder vivir, grandes murallas, como la de China. En su doctrina de guerra se hablará de ideas defensivas, de guerras de invasión; pero su espíritu estará enterrado entre vigas de cemento y bóvedas de acero. Existirá una perfecta organización, armas inmejorables, servicios minuciosamente estudiados; pero más que un Ejército será un monigote mecánico que se vendrá al suelo al primer obstáculo que se presente en su camino.

Estos dos tipos de Ejército, en correspondencia con los temperamentos de las naciones a quienes sirven, nada tienen que ver con el tipo mercenario, apto para la conservación de colonias y para guerras coloniales; cuando llega la hora a su pueblo, este Ejército ha de transformarse en un cuerpo vivo si quiere resistir primero y atacar después. Para ello se requiere tiempo, factor oro en la guerra; si éste le falla antes de que el pueblo pueda desplegar la actividad creada por el revulsivo del peligro, el Ejército será batido irremisiblemente y en su caída arrastrará al pueblo entero. Si puede ganar tiempo, si puede apuntar a su favor este tanto, bien por situación geográfica, bien por ayudas externas, entonces vendrá la salvación; pero no será debida a la vitalidad del órgano que debe defender a la Patria en los momentos de peligro.

Pretender ejercer un derecho, introducir una modificación en lo actual que debe la existencia a la lucha, sin una fuerza capaz de hacer respetar ese derecho o de crearlo, es utopía; pretender el respeto a la propia razón sin una fuerza no sólo capaz de una resistencia enérgica, sino de reaccionar violentamente, es locura.

De esta manera, la fuerza organizada de una nación, su Ejército, es garantía de libertad de acción, y la libertad de acción es independencia.

Libertad de acción para que las aspiraciones del día, para que el camino a recorrer que marcan la historia, la situación geográfica y la tradición puedan hacerse efectivas por un órgano capaz, porque tiene el espíritu de la raza, depurado por una preparación y organización adecuadas.

Libertad de acción para no caer en la órbita de otros, perdiendo con ello el honor, por haber olvidado que vale poco la vida si no se lleva con dignidad.

El único medio de conservar esa libertad de acción es la fuerza, y esta fuerza, para que sea eficaz, debe estar organizada integrando al pueblo entero en todos sus aspectos, en todas sus actividades, sin diferencia de sexo y edad. Cuando esta organización sea perfecta, cuando se haya logrado la integración en espíritu con el órgano externo de aplicación de la fuerza, es cuando se podrá decir que se tiene un Ejército, y con él la posibilidad de conservar y obtener la independencia que requiere la Patria para poder vivir y seguir el camino que le señalan sus compromisos, su historia y su honor.



PARA escribir en paralelo y evitaros la interjección y el apostrofo, hay un fragmento de la correspondencia entre el Rey y Leopoldo I de los belgas y la Reina Victoria, cuyo sarcasmo despectivo se empareja con una anécdota de la misma graciosa Majestad, interponiendo soberanamente a su ministro Palmerston.

El anciano Monarca se dirigía a su sobrina: «Si se congregasen todos los directores de periódicos de los países donde existe libertad de Prensa, se juntaría una cuadrilla a la cual no confiaría un perro al que tuviese en alguna estimación, ni mucho menos el propio honor y la reputación personal. (Letters, vol. I, página 53.)», resumiéndole el balance de una experiencia liberal, que había de coincidir con el más íntimo juicio estimativo de la futura Emperatriz de las Indias. Porque como la Reina de Inglaterra interrogase después a Palmerston acerca de las causas tenebrosas por las que el «Times» ofendía al matrimonio de su primogénita con el Príncipe heredero de los prusianos, con cinismo protocolario el viejo Palmerston sólo supo responder con este escandaloso sorites: «Señora, la publicidad de los periódicos, el volumen de sus anunciantes depende en razón directa de la importancia y magnitud de su tirada. Ahora bien; pero la circulación de un periódico aumenta con la crónica negra, con la murmuración, con la difamación, con el lodo, con la sangre... Y los negocios, mi Señora y Soberana, son los negocios.»

Se ignora aún la respuesta de la Reina replicando al audaz o sincero ministro; pero se conocen cuáles y cuántos fueron los estragos para los hombres y sus patrias de esta desdénada y mixtificada libertad de Prensa. Sin acudir al truco de convertirla en un chivo emisario para atribuirle la mayoría de las culpas ajenas, puede sentenciarse que si un polemista feroz acusó como estúpido al siglo XIX, la verdad de la imprecación se fundamenta en la estupidez de todos los lectores de periódicos decimonónicos. Por nuestra parte y para nuestra anarquía un suplemento del periódico gaditano «El Conciso», titulado también «El Conciso», publicaba hacia 1810 este augurio: «Papá, papá, vengo de la Isla, traigo una buena noticia gorda y segura; traigo la libertad de imprenta; las Cortes la han decretado, en lo político nada más; aunque aquel libelo no fué tan adivino que anticipara a su vez esta torpe copleja:

*La niña bonita,
que en Cádiz nació,
el aire de Francia
mala la "pusió".*

Cuyo último dístico es la más cabal prueba pública de que tanto el «Robespierre español», «El Amigo del Pueblo», el «Semanario Patriótico» o el «Duende de los Cafés» —cabeceras e ideología verdaderas del gabacho— o con los cien mil hijos de Chateaubriand y las Gacetas absolutistas que los auparon, obedecíamos y servíamos a las potencias extranjeras.

En adelante, y sin referirnos a la corrupción de la Prensa amarilla en los Estados Unidos de América, a los re-



curios financieros de los periódicos franceses —desde el asunto de Panamá a las subvenciones zaristas o soviéticas—, a la especulación de la Prensa británica de medio penique, que ha satirizado Mr. Chesterton con sus Memorias póstumas, al influjo judaizante y miserable dentro de la Prensa germánica del Kaiser o del valedurinario Emperador Francisco José; sólo con las vivencias españolas de una Prensa y de unos periodistas durante siglo y medio se podrían componer unos ejercicios espirituales y unas lamentaciones tan al gusto del temperamento moralizante español, sobre las flaquezas y servidumbres de una profesión que hacía esclavos a sus correligionarios, con sus familias y patrimonios; a todos los españoles; pero, además, a la propia España.

Si un taumaturgo con el poder de vivificar las cosas muertas, galvanizase a todos y cada uno de los periódicos de la Hemeroteca Municipal de Madrid, per-

mitiéndoles el relato de sus confidencias, escucháramos, entre el panto y la basca, que ninguno ha sido libre, verdaderamente libre e independiente, mientras el Estado—Monarquía o República—tampoco lo eran. Dependía la fama de cada cual de una mala pluma, que es mucho peor que una mala lengua, y los redactores estaban sometidos a su Director, que era un instrumento de un Partido político, de una Empresa mercantil y anónima, cuando no de una Cancillería. Desde las gacetas al artículo de fondo se redactaban al dictado de los enemigos de la comunidad y del Estado, aún estando dispuestos a disfrutar de sus prebendas y de sus sinecuras, pero desprestigiándose y zahiriéndose entre tanto. El Estado no disponía de otra defensa propia que la del soborno interior o exterior, mediante el fondo de reptiles repartido en el Ministerio de la Gobernación o la tercera pecuniaria para atraerse la opinión in-

ternacional, comprando a los periódicos mercenarios de más allá de nuestras fronteras. Hay un par de ejemplos de los quiebros y quiebras de este sistema, revolviéndose contra los dos estadistas de nuestra Patria que se negaron a rendirle un tributo permanente. El ostracismo y la impopularidad en la Prensa de don Antonio Maura se originan de los desplantes de esta víctima de su natal liberalismo, ante los chicos de la Prensa y los currinches del corro. Don Antonio no quiso prodigar aquella sopa boba para los pediguños, y surgió estrepitosa y airadamente el «Maura, no»; don Miguel Primo de Rivera se atrevió a denunciar las prevaricaciones de «Le Temps» en el mes de enero de 1930, y a los pocos días se derrumbaba su Dictadura patriarcal y fallaba desterrado y solitario—en el mismo París—el impugnador de la voraz Prensa parisienne. El marqués de Estella había confiado más que en su obra nacional, en el plácet o en el «exequátur», del periódico más sesudo pero más venal de Francia, que estuvo percibiendo 30.000 pesetas mensuales del presupuesto español destinado a la propaganda. Hasta que don Miguel Primo de Rivera se convenció por su talento y por su desengaño que así como había nacionalizado la antigua influencia de la Agencia Havas, al informar a nuestros periódicos, según los intereses del «Qual D'Orsay», y habiendo obtenido un filtraje más idóneo para la información, así también no se debía seguir siendo un parroquiano de los ditirambos a tanto la línea —aquí ya se huele el «feto judaicus»— de M. Hebrad. Don Miguel, con la vehemencia honesta y pura de su corazón, no quiso dejar impune el delito extraño, ni ocultó su arrepentimiento, por lo que se apresuró a poner en la piqueta de una nota oficiosa frente al mundo, el nombre y la rapacidad trapacera de cuantos nos habían estafado.

Aunque fuese así, o tal vez prematuramente, hubo un gran político en España que clausuraba una época, inaugurando otra época distinta, ya que el Estado intervino entonces para salvar su independencia y defender nuestra dignidad ofendida por el libertinaje de los periódicos al mejor postor y de los periodistas sin decoro. Seis años después, al Estado pulverizado de la República radical-socialista, cuyo comadrón fué la libertad de Prensa: «La Tierra», «La Traca» y el «Fray Lazo», sucedía un Frente Popular que agudizó la dependencia del Estado y de las personas a las pasiones inhumanas y a los manejos diplomáticos, hasta que cuando parecía que todo se había perdido ya, el honor inclusive, se presenta una segunda y más heroica continuación de nuestro Dos de Mayo, alzándose los españoles bajo un Caudillo para la salvaguarda de sus altares y sus hogares y para la instauración de una Revolución Nacional. Aquí comienza correlativamente el Dos de Mayo de la Prensa española; porque a medida que sobre sus páginas estremecidas aparecían los comunicados oficiales, los Partes de Guerra en los que nuestra España iba reconquistándose y haciéndose Una, Grande y Libre, la Prensa fué asimismo impregnándose hasta saturarse de esa misma unitaria grandeza y libertad.

LA JUVENTUD, GARANTIA DE LA INDEPENDENCIA

Por JOSE ANTONIO ELOLA

Un buen camarada que no tiene un punto de reposo, que luchó en nuestra guerra, más tarde se alistó a la División Azul y está en todo momento dispuesto a empuñar otra vez el arma para luchar por cualquier empresa española, me decía hace algunos días: —Aquellos que más me animaron para que fuera al frente, que me llamaban "salvador de la Patria" y me daban palmaditas en el hombro diciéndome que era un héroe, hoy me dan a entender que no sirvo para nada; quisieran que no me ocupara en otra cosa que en divertirme, que me emborrachara con vino y optimismo, y que, como ellos, no sintiese angustia alguna por el porvenir de España. Estoy seguro —añadía— que les molesto cuando les hablo y se sienten aludidos por cualquier inocente frase. Claro es que ellos nunca fueron al frente, se limitaron a hacer de "animadores". Hoy se permiten decir desde un buen puesto que sirven a la Patria y se declaran neutrales y pacifistas, porque eso conviene a España; porque en ello va la garantía de la seguridad y el bienestar de España.

Como el tema y el título de este artículo me han sido ofrecidos, puedo preguntar: ¿Es que los conceptos de seguridad y bienestar pueden confundirse con el de independencia? El hombre se hace independiente si al llegar la mayoría de edad se sien-

te lo suficientemente animoso para montar su casa, elegir la mujer que quiere y sostener los hijos. Esto se hace muchas veces con pocas seguridades y escasos medios. Lo que le falta lo procurará con su esfuerzo. En cambio, muchos que viven espléndidamente de la "sopa boba" paterna no pasan de ser hijos de familia.

Con los pueblos ocurre lo mismo que con el hombre. Es independiente solamente aquel pueblo unido que tiene la entereza de vivir por cuenta propia, que no admite mediaciones extrañas, que siente el vigor interno que le incita a multiplicarse.

Contentarse con lo que se tiene, ese "ir tirando" tan gráfico, y por desgracia tan español en los últi-

mos siglos, puede ser el lema de las generaciones que, siguiendo el parang. iniciado, titularíamos "generaciones de hijos de familia". De aquellos que en su relación con la Patria pretenden solamente que ésta les dé buenas cosechas, que llueva a tiempo, que luzca el sol cuando van de veraneo o salen al campo y se pueda descansar en todo momento plácidamente sin alborotos ni exaltaciones. No les importa que mientras ellos se sanean, sobre sus cabezas penda la amenaza de una ruina inminente de la Patria. Lo importante es que la almohada sea blanda y el lecho mullido para hacer buenas digestiones. Eso, sí; sienten el amor a su manera y festejan la Patria con chinchines callejeros, lagrimean a

la vista de la Bandera y no quieren disputas con las naciones vecinas, porque en su amor tierno y sentimental no cabe siquiera la imaginación de una guerra que pudiese destruir el solar patrio.

No pertenecemos, gracias a Dios, a este tipo de generaciones. La generación surgida del triple signo: la Falange, la Victoria y un Caudillo, no se contenta con gozar lo que la Patria nos pueda dar con mano más o menos generosa. Nuestro amor no es de goce carnal o de estómago agradecido. Queremos a España, no con el amor egoísta de hijos, sino con instinto paternal. Con el amor sacrificado y protector de padres. Y así de nuestro esfuerzo, de nuestro sudor y sangre, queremos hacer nacer una nueva España vigorosa y fuerte.

Este es el empeño de la juventud actual. De la juventud que pelea, que se afana y angustia. Así día a día se gana la Independencia, a la vez que se forja a la juventud, haciéndola ser el muchacho español rudo y recio, orgulloso y valiente, digno, con la dignidad del que se siente fuerte en sí mismo, y noble, con la nobleza del que puede acometer o perdonar, según el corazón le dicte.

Con ello, además, no se prepara un porvenir de guerra y exterminio, como algunos infundadamente nos echan en cara. Tengan en cuenta que no siempre es necesario pegar tiros para defender la dignidad y la independencia. Sobra con que el enemigo se dé cuenta que uno está dispuesto a dispararlos.

LO QUE PUEDE Y LO QUE NO PUEDE EL PUEBLO

Por EUGENIO MONTES

¿Es esto un motín?

—No, sire, es una revolución. ¿Evitable? Sí; algunas cosas que ocurrieron pudieron no haber ocurrido. Todavía cuando Mirabeau era mozo se le presentó a la Monarquía la posibilidad de conservarse. Se hubieran evitado así aquellas espantosas, crueles, feisimas matanzas entre citas latinas y actitudes pedantes. Pero la súbita, tremenda modificación de la sociedad, el cambio de estructura histórica era inevitable, porque en alguna de sus dimensiones, al menos, venía preparada esa modificación, y postulando ese cambio por todo un largo y sistemático proceso anterior. De Maistre, que las odiaba, decía que las revoluciones no se hacen. Esa tuvo, sin embargo, la apariencia de ser voluntariamente hecha, construida en frío. Pero construida desde mucho tiempo antes.

Toda una sociedad había puesto unas premisas que, una vez aceptadas, por sí solas tenían que manar sus consecuencias.

Sin duda, las ideas, la Enciclopedia, el sueño de la Razón —o del racionalismo— que produce monstruos.

Pero eso no fué todo. Sería incurrir en un racionalismo semejante suponer omnipotente a la Razón, que realmente por su mera esencia puede muy poco en el devenir histórico, muchísimo menos de lo que suele creerse, quizá, quizá en sí misma, nada. En sí misma. Quiero decir con esto, y no atiendo ni afirmación ni la rebaja un milímetro, que la Razón Pura carece, en absoluto, de poder real, de influjo sobre la vida. De las circunstancias depende que sea poderosa, influyente, decisiva, o que transcurra sin modificar en nada a la realidad: que sea historia o erudición, ciencia, tema de cátedra.

La verdad, en sí, puede encarnar en realidad o quedarse sin encarnar; desnuda, sin ser por ello menos verdadera. La mentira, o el error pueden convertirse en hechos o quedarse en el puro plano mental, como pensamientos, sin trascender lo más mínimo. La teoría del movimiento de la Tierra en torno al Sol, no era ni más ni menos verdadera cuando la pensaron Aristarco de Samos en la antigüedad, los nominalistas parisien- ses en la época de Océano, o Copérnico en la época del barroco. Pero aun siendo igualmente verdadera, o igualmente falsa, en el barroco tuvo consecuencias, y con los nominalistas o Aristarco, no. La situación es lo que hace que una idea sea una fuerza o no lo sea.

Las ideas que movieron la Revolución francesa, filosóficamente nada valiosas, fueron históricamente decisivas porque el tiempo les era propicio, y porque encarnaron en Francia. Estas dos cosas les dieron su tremendo poder.

Francia era entonces el país más poderoso del orbe. Tenía la mejor capital de Europa, la mejor ciencia, el máximo prestigio literario, el mejor Ejército, creado por los Luíses, la máxima población; una gloria fascinadora en las costumbres y formas vitales. El país de las modas, el país de las modificaciones. En cierta manera cabe decir que con su Re-

volución Francia encontró el instrumento que necesitaba para su expansión universal. Se pensaba en francés, se hablaba en francés, se vestía en francés, se amaba en francés, se peleaba en francés, ya desde antes. Por eso pocos pueblos pelearon en contra de los ejércitos de la Revolución. En realidad, pueblo, lo que se dice pueblo, sólo el nuestro. Los que en otras partes se opusieron a las armas napoleónicas, eran los ejércitos dinásticos. Aquí fué una Patria, ¡ay!, sin dinastía, e incluso a pesar de la dinastía.

Y en los otros sitios ocurrió que los pueblos que no existían como naciones comenzaron a existir, a hacerse precisamente por la Revolución francesa. Alemania, como nación, se hizo por la Re-

volución de la nación; y en Francia, hacedores del Imperio, hasta fecha reciente en que quizá lo deshicieron; en Inglaterra, conservadores del Imperio ya hecho.

Cuando la nación ya quedó hecha en Alemania e Italia, entonces el liberalismo dejó de tener incluso allí, función creadora. Por eso con exacta visión de su realidad histórica, Hitler y Mussolini lo declararon superado. En 1920 ya no tenía razón de ser. En 1920, allí, sí.

En España el liberalismo se confundió, desde el comienzo, con la democracia. En rigor, la democracia ya se había entronizado aquí antes de la Revolución francesa. Nuestra aristocracia era ya, por desgracia, democrática —y lo sigue siendo—. Democrática en gustos, en



ciones: es lo que se llamó la independencia de América. Pero, ¿qué significa esto? ¿Cómo surgió esa independencia americana?

La mayor parte de los incasadores a la independencia en América eran, han sido gentes de Iglesia, de la nobleza, del patriciado. El caso, muy especial, de Venezuela, no debe hacer olvidar el carácter de sus movimientos en Méjico y en el Río de la Plata.

En cada zona americana se ponen a vivir como nación porque España misma no actúa como centro del Imperio, sino como nación también. Los españoles de la Independencia son nacionalistas, pero no imperialistas. Se les eclipsan, se les olvidan los deberes y exigencias del Imperio. Esos deberes consisten en muchas cosas, pero por de pronto en esto: en que la metrópoli sea, en todo, ejemplar, en que existan allí unos rangos, unas jerarquías capaces de darles ejemplo por su actitud, su tono, su ciencia, su arte, su cultura, su preparación, etcétera, a los lejanos. Pero en España no había más que pueblo, con todas las virtudes que puede tener un pueblo —arranque, coraje, ardor—; pero con sus limitaciones inevitables, pues hay cosas que el pueblo no puede tener que no le corresponden a él, sino a los grupos rectores. Pero éstos o no tenían virtudes algunas, o tenían sólo las populares, no los reales que es indispensable añadir a los del pueblo.

Nuestros grupos rectores se ponen por encima de los americanos en privilegios y derechos; les exigen. Y no se exigen a sí mismos el ser superiores en calidad. Les exigen y no les dan. Así se consumió una grandeza.

Una cosa quedaba en medio de todo, o bajo todo, intacta: la vitalidad de la raza. Asombra la energía torrencial, la fuerza que se dilapidó por unos y por otros, en las guerras hispanoamericanas. La fuente étnica vertió sobre los Andes ríos de hombría. Y siguió vertiéndolos aquí en las guerras civiles peninsulares.

Decadencia en el sentido vital no ha habido, por tanto. Pero la historia no es sólo vida. Es también cultura, en el más amplio sentido: vida con forma. Francia en el ochocientos conserva su cultura, pero pierde vida. España tiene siempre vida, pero deja hundir su cultura: ningún estilo ejemplar, nada que pueda darle norma al mundo.

En el siglo XX nuestra cultura crece, se despliega, anuncia altas posibilidades, sobre las cuales no siempre somos justos. Y la vida tiene tanto caudal, acopia tan generosa abundancia que aun después de la terrible sangría de la guerra, ya la vemos recobrada y magnífica. Tras venturas y desventuras, surge también, por fin, una política. Si ésta sabe unir vida y espíritu, vida y forma, vida y estilo, vida y cultura; si acierta a darle plenitud y actualidad a todos los valores humanos que los hombres españoles llevan en potencia, entonces el 18 de julio podrá tener la fecundidad histórica que aquel valiente y ardiente 2 de mayo no tuvo.



El español, en pie sobre su barco

Por JOSE ANTONIO PEREZ TORREBLANCA

En esta crítica hora española, parapetado tras la esperanza de su definitiva libertad histórica, uno se pregunta en silencio: Si nuestro dogal está en esa media rosca de las plaidas dormidas, ¿hemos de quebrarlo antes con el hombre, o con la nave? Y si la navegación empieza en la unidad del hombre firme sobre el puente de derrota, ¿hemos de ponerle antes la quilla al barco, o al corazón del capitán?

Bueno es pensar que a un mismo tiempo se hagan ambas cosas, a condición de que el pensamiento no se nos quede en tierra. La historia de eso que los extranjeros vienen llamando la Civilización es, justamente, la hermosa y variada peripecia de una idea que se embarca y pasa la mar, Saber dónde acaba el lindero del mundo y el misterioso destino del hombre ha sido el brisote que ha empujado las velas de toda la navegación histórica, hasta el momento en que el horizonte geográfico no tuvo secretos, y hasta el momento en que el hombre quiso tomar a broma los suyos. Todo lo que se nos ha revelado sobre las olas, más allá de las olas, y hasta en su fondo misterioso, se debe a la fuerza incalculable que tiene la ansiedad humana cuando toma pasaje y se embarca a la ventura de Dios. Ha navegado más la angustia que el tonel; más la capilla que la bodega; más la plegaría que la cuenta del sobrecargo; más la celestial matemática de la esperanza que el suma y sigue de fletes y seguros marítimos. Y el hombre vuelve siempre sobre sus pasos, o sobre sus nudos, porque sólo de ese modo puede salvarse.

Estamos ahora los españoles pensando que la mar debe volver a ser la verda pradera donde otra vez galopen los antiguos corceles de Dios Nuestro Señor; que la mar, digámoslo de una vez, vuelva a abrirse para el libre paso del Amor, a la española, esto es, según se entiende cristianamente, como posibilidad de diálogo o tal vez de bronca, para que todos seamos sustancialmente iguales mediante el beso o mediante el estacazo. ¿Por dónde empezaremos, de verdad, los españoles a ganar la perdida libertad de los mares? ¿Por el hombre, por la profunda libertad del hombre, por la dignidad reparada con sangre del hombre?

Contaba Humboldt que los indios podían leer sin sorpresa en la «Gaceta de Méjico», de qué modo en Durango, a cuatrocientas leguas de la capital, se fabricaban pianos y clavicordios. Les resonaba así, en el corazón, a estas criaturas de Dios, la antigua canción de una Patria que les entregara sin recato su música y su letra. Lo de menos era la técnica de combinar teclados, porque la tonadilla que España llevaba a los aztecas sonaba lo mismo en la Cruz del Viernes Santo que en las jarcias tirantes al viento de Poniente. Después de todo, el compás que nos mueve viene a ser el mismo desde Adán hasta el recién nacido.

Lo que España llevó allí, y a todas partes, no era la técnica limitada de sus clavicordistas, de sus batifojas, de sus artesanos «así de martillo como de vaciadizo», ni siquiera de sus carpinteros de ribera. Era la técnica mucho más infinita y simple de enseñar a los hombres a llevar cuidado con su alma. Esta es la familiar melodía que nadie ha cantado con tanto pecho como los espa-

ñoles, la tradición anda lejos de ser una fatalidad en cuestiones de técnica.

España pasó de la galera a la carraca, de la carraca a la coca, de la coca a la carabela y de la carabela al galeón, por una serie de cualidades que no le eran exclusivas, y que, en un orden de circunstancias favorables le habrían permitido pasar igualmente, sin contar con nadie, del destructor al portaaviones. Don Julio Guillén sabe—mejor que cualquiera de los que, sin su permiso, «profaneamos» la Historia Naval—cuándo tuvimos que encargar a don Jorge Juan que se marchara a Londres para traer de matute y con pasaporte fingido dos o tres «misters» que, a libra esterlina por día, trazaron los galibos de algunas de nuestras fragatas. El sabe bien que eso ocurrió cuando a la gente de nuestras riberas le faltaba más el ímpetu de la perdida fe que la asistencia de la sabiduría. Parece que ya entonces estorbaba la masonería. Y, con todo, una España bastante clorótica vió alzarse gallardamente el arsenal de Esteiro, y para que la ilusión de nuestro imposible optimismo fuera completa, no faltaba un Arcipreste gordo y simpático que acompañara con buenos versos y buenos tragos de agrillo el martilleo de los artesanos gallegos sobre el roble curado.

Tuvimos siempre, tenemos ahora, y acaso no nos falten nunca hombres muy capaces de tomar las medidas justas que a cada barco pide la mar. Pero casi nunca hubo, durante el corto ciclo de nuestra hegemonía marítima, un criterio oficial para medir justamente lo que, a bordo, importa más al hombre que al navio. La inapreciable dignidad del navegante pudo, en algún momento, importar menos al Estado que otros

factores.

En este día, aniversario del resurgimiento de España y de exaltación del trabajo, quiero dirigiros unas palabras para grabar en vuestro ánimo un solo concepto: Que la prosperidad de todas las clases sociales españolas está íntimamente ligada a la fortaleza de la Nación en todos sus órdenes: fortaleza política, fortaleza económica y fortaleza militar. La quiebra de cualquiera de ellas daría al traste con las otras dos.

Con estas palabras claras y rotundas iniciaba nuestro Caudillo invicto su discurso a los productores españoles el 18 de Julio último en la magna Asamblea Sindical madrileña, reunida para escucharle.

Y añadía después: «He aquí hermanos en un interés común lo militar, lo sindical y lo político.»

Hermanados en un interés común, que es la salud de España, que es su grandeza, que es la obtención del universal destino que Dios señala a nuestra Patria.

Nunca como ahora se percibe la exacta realidad de estas afirmaciones. Hoy que vemos enfrentados en cruel guerra no a dos ejércitos o grupos de ejércitos, sino a dos bandos integrados por las naciones enteras, por pueblos totalizados en una sola y compacta voluntad de acción y pasión.

Ya el destino de los Estados no depende del choque violento de agueridas menadas como en épocas antiguas; ni siquiera de la organización de un ejército permanente. síntesis y representación de lo mejor de la Patria. Hoy es la Patria misma entera, con todos sus factores humanos, materiales y morales, la que, puesta en pie, se lanza a la lucha para vencer o sucumbir ante otra agrupación humana hostil.

Guerra total. Movilización total. He aquí expresiones que todos repetimos y que en efecto se están dando en la contienda actual. Ya no se distinguen las edades ni los sexos, ni se concreta la zona de peligro a los campos de operaciones, pues son todos los componentes de las naciones en lucha los que activa y directamente participan en ésta. Y entonces, ¿cómo no decir con el Caudillo que lo político, lo sindical y lo militar se hermanan en un objetivo y un interés común? «Así—continuaba el discurso comentado—, lo mismo que no puede concebirse potencia económica sin fortaleza y estabilidad política, tampoco es hoy aceptada la militar que no está respaldada por la industrial y la económica.»

En la Prensa de todos los días vamos percibiendo cada vez con creciente intensidad cómo la atención de los dirigentes y de los pueblos en lucha se dirige probablemente con más ansia que al mismo frente. hacia las manufacturas bélicas y hacia los datos de producción, mientras unos y otros auscultan preocupados el corazón colectivo de su pueblo y el del adversario para observar cualquier síntoma de desfallecimiento.

Y a las estadísticas de muertos, heridos y prisioneros, de botín capturado y localidades ocupadas, se acompañan y aun se destacan con máximo relieve cifras de producción o detalles reveladores de estados anímicos y reservas morales y materiales en las respectivas retaguardias, como si la decisión final no estribase en las bocas de los cañones y de los fusiles, sino en las chimeneas industriales y en los surcos campesinos de los países beligerantes.

De modo, que cuanto conduzca a robustecer el armazón socioeconómico de un país, es factor decisivo en su fortaleza y, por ende, respecto a su independencia y libertad frente a las demás naciones.

Con ello se destaca cuán grande fué la clarividencia de nuestros primeros jefes en la Falange al revestir de una estructura y dotar de un aire y un estilo de milicia las organizaciones socioeconómicas que proponían como adecuadas para el futuro de España.

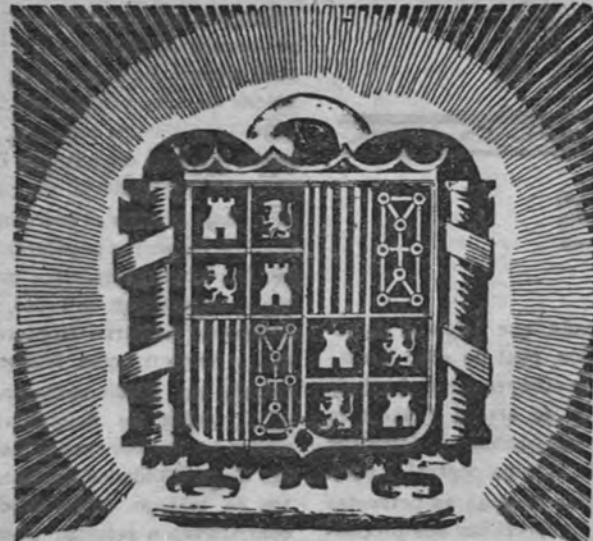
En repetidas ocasiones y empleando ciertas frases que eran algo más que simples y bellas figuras retóricas: José Antonio comparaba nuestros Sindicatos Verticales con los ejércitos prestos a la lucha y sus jerarquías con las precisas y rígidas que se establecen dentro de la dotación de un navio. Es que ya se percibía entonces por la mirada avizora de aquel gigante el papel decisivo que en luchas futuras por el destino de la Patria habrían de jugar estas Corporaciones.

Y no solamente en su contextura formal y en su espíritu combativo los Sindicatos habrían de ser instrumento de colaboración para la lucha por el destino del país, sino aun en un sentido de más profundidad su colaboración resultaría esencial al contribuir con eficacia inigualable a implantar un orden y una armonía en la sociedad interna del país en sustitución al caos anárquico y al confusionalismo que los choques de las pugnas

entre las clases sociales producían, dejando a la Patria inerte frente a la codicia de los extraños.

De este manera los Sindicatos, que fueron arma favorita de las Internacionales para acabar con las Instituciones fundamentales de la civilización: Religión, Patria, Familia, hoy son el baluarte más sólido en su sostén y defensa aun cuando tal vez en viejos oídos sonará a paradoja el título que encabeza las presentes líneas, por no tener presente, que es sabia táctica que la Falange usa con frecuencia emplear músicas pegadizas cambiándoles, empero, el sentido de la letra con que se cantan, y así, adopta el nombre de Sindicato, con preferencia a otros que no envuelven tanta pasión y emotividad, para designar las entidades en que los productores se encuadran al servicio de los altos ideales públicos. Pero tras este denominador, el nacionalsindicalismo significa algo sustancialmente distinto de las organizaciones clasistas de la etapa liberal. Lo que en ésta suponía división confusa de proletarios que una vez desposeídos de sus protecciones naturales y relegados a la condición estricta de hombre indiferenciado eran ofrecidos como rebaños espantadizos o informes bancos de pescado a las artes malévolas de un capitalismo cazador y pescador sin entrañas, provocando en dichas masas reacciones y odios ciegos y brutales que las convertían en arietes formidables de choque y destrucción; en los Sindicatos nuestros significa orden, esto es, armonía de lo uno en lo vario, jerarquización y determinación exacta de puestos, de deberes y de facultades.

En la concepción Joseantoniana de la sociedad española, el hombre no se enfrenta directamente con el Estado como ocurría en los Estados liberales, sino que encuentra una teoría armónica de grupos y entidades je-



rárgicamente subordinados entre sí, que lo forman, encuadran, estimulan y ayudan para que conga, con la mayor facilidad, el destino terrenal que la Providencia le impuso. Y estos distintos escalones en sus fases fundamentales se llaman Familia, Municipio y Sindicato.

De esta suerte el hombre encuentra en todo momento el ambiente que necesita para su normal desarrollo y halla amparo ante las diversas dificultades que la vida le ofrece, mientras que por otra parte coadyuva a los fines colectivos de una manera eficiente y ordenada, muy distinta de la absurda participación en una soberanía sin límites que en definitiva, tras de mucha palabrería hueca, se convertía en un fantasma impalpable.

Por esto, de la misma suerte que en un país donde la célula Familia falla, donde el Municipio languidece y se corrompe, no es dable obtener una trabazón política, ni, por tanto, una fortaleza militar que le haga libre y respetado en el concierto de las naciones, así también donde falla la organización social, que dentro del concepto expuesto es uno de los pilares básicos de la vida pública, se derrumbarán aquel poder y esa fortaleza.

De nada serviría, digámoslo de una vez sin eufemismos, sentar un fuerte poder político y conseguir una organización coactiva estatal plena de resortes materiales, si detrás tenemos una producción anárquica y unas clases productoras divididas por el odio producido por las injusticias y los abusos. En cambio, desde el momento en que podamos ofrecer al Estado un instrumento ágil y disciplinado para que pueda desarrollar fácilmente una política económica de altos vuelos, y se siga contando como se cuenta afortunadamente siempre en España con el genio y el valor militar de su población, al presentarse la ocasión suprema en que se decide el destino patrio, el país sabría responder cumplidamente en todo lo que se le pidiese.

No sería menester entrase a divagaciones históricas, sino que bastaría un vistazo sobre las naciones contemporáneas para convencerse de cómo se han impuesto aquellas que han sabido mantener en su interior esas formas tradicionales a base de robustos vínculos sociales intermedios entre el alto poder del Estado y el simple ciudadano individual, sin perjuicio de que muchas veces encubriesen pudorosamente ante el extranjero esta férrea armazón tras rótulos liberales que sólo cumplían un papel de camuflaje de su potencia.

Estas reflexiones despiertan amargas ideas cuando se las contrasta con la posición de crítica, frívola, si no malévol, que en ciertas gentes despiertan los esfuerzos penosos de la Falange por montar la Organización social que necesita el cuerpo de la Patria. Tritados por pequeñas molestias que muchas veces no les causa la misma Organización, sino factores totalmente ajenos a ella o movidos por otras pasiones políticas o morales menos confesables, se dedican a una censura ligera sin tener presente que si la Falange no logra su empeño se encontrarán manos más expeditas que sabrán recoger la herencia aun cuando la empleen en otras finalidades torvas y funestas. Porque lo que sí puede afirmarse es que hoy el Movimiento corporativo se impone en la Humanidad por darse en la vida colectiva actual toda la serie de circunstancias que requieren el desarrollo del instinto asociativo humano y repelen los pujos del individualismo excesivo y aislante que sólo puede subsistir en épocas de facilidad económica y de paz política y militar.

Por eso los pueblos que, suicidas, no sepan a tiempo prepararse para las nuevas condiciones de vida y de lucha serán fácil pasto de la voracidad de los extraños.

Es curiosa la coincidencia a que en este punto van llegando ambos bandos en lucha. En esta y en otras consideraciones secundarias, pero también importantes, de índole económica, apenas destacan ya las voces de unos y otros: Disciplina social, justicia distributiva de la riqueza, comercio internacional sobre nuevas bases, respeto de las necesidades vitales de todos los pueblos, etcétera, etcétera.

Y ya que en España tuvimos la dicha de hallar una doctrina proclamada a tiempo por hombres geniales, y recogida, exaltada y consolidada por el corazón y la espada de un Caudillo invencible, doctrina que en suma es la permanente línea del pensamiento español, alumbrada por las antorchas de los genios que, a través de las etapas de grandeza y decadencia mantuvieron siempre en alto los postulados de las verdades eternas, no dejemos, por desidia o incompetencia, o por cobardía ante pequeñas conspiraciones e intrigas de gentes menores, que aquella resulte ineficaz, pues así nos haríamos reos de la peor traición ante la presencia indefectible de nuestros hermanos caídos en la lucha por el triunfo de esos ideales.

VILNARAG, GARANTIA, UNIDAD Y VIGILANCIA Los Sindicatos, al servicio de la Independencia de España

Por FERMIN SANZ ORRIO

En este día, aniversario del resurgimiento de España y de exaltación del trabajo, quiero dirigiros unas palabras para grabar en vuestro ánimo un solo concepto: Que la prosperidad de todas las clases sociales españolas está íntimamente ligada a la fortaleza de la Nación en todos sus órdenes: fortaleza política, fortaleza económica y fortaleza militar. La quiebra de cualquiera de ellas daría al traste con las otras dos.

Con estas palabras claras y rotundas iniciaba nuestro Caudillo invicto su discurso a los productores españoles el 18 de Julio último en la magna Asamblea Sindical madrileña, reunida para escucharle.

Y añadía después: «He aquí hermanos en un interés común lo militar, lo sindical y lo político.»

Hermanados en un interés común, que es la salud de España, que es su grandeza, que es la obtención del universal destino que Dios señala a nuestra Patria.

Nunca como ahora se percibe la exacta realidad de estas afirmaciones. Hoy que vemos enfrentados en cruel guerra no a dos ejércitos o grupos de ejércitos, sino a dos bandos integrados por las naciones enteras, por pueblos totalizados en una sola y compacta voluntad de acción y pasión.

Ya el destino de los Estados no depende del choque violento de agueridas menadas como en épocas antiguas; ni siquiera de la organización de un ejército permanente. síntesis y representación de lo mejor de la Patria. Hoy es la Patria misma entera, con todos sus factores humanos, materiales y morales, la que, puesta en pie, se lanza a la lucha para vencer o sucumbir ante otra agrupación humana hostil.

Guerra total. Movilización total. He aquí expresiones que todos repetimos y que en efecto se están dando en la contienda actual. Ya no se distinguen las edades ni los sexos, ni se concreta la zona de peligro a los campos de operaciones, pues son todos los componentes de las naciones en lucha los que activa y directamente participan en ésta. Y entonces, ¿cómo no decir con el Caudillo que lo político, lo sindical y lo militar se hermanan en un objetivo y un interés común? «Así—continuaba el discurso comentado—, lo mismo que no puede concebirse potencia económica sin fortaleza y estabilidad política, tampoco es hoy aceptada la militar que no está respaldada por la industrial y la económica.»

En la Prensa de todos los días vamos percibiendo cada vez con creciente intensidad cómo la atención de los dirigentes y de los pueblos en lucha se dirige probablemente con más ansia que al mismo frente. hacia las manufacturas bélicas y hacia los datos de producción, mientras unos y otros auscultan preocupados el corazón colectivo de su pueblo y el del adversario para observar cualquier síntoma de desfallecimiento.

Y a las estadísticas de muertos, heridos y prisioneros, de botín capturado y localidades ocupadas, se acompañan y aun se destacan con máximo relieve cifras de producción o detalles reveladores de estados anímicos y reservas morales y materiales en las respectivas retaguardias, como si la decisión final no estribase en las bocas de los cañones y de los fusiles, sino en las chimeneas industriales y en los surcos campesinos de los países beligerantes.

De modo, que cuanto conduzca a robustecer el armazón socioeconómico de un país, es factor decisivo en su fortaleza y, por ende, respecto a su independencia y libertad frente a las demás naciones.

Con ello se destaca cuán grande fué la clarividencia de nuestros primeros jefes en la Falange al revestir de una estructura y dotar de un aire y un estilo de milicia las organizaciones socioeconómicas que proponían como adecuadas para el futuro de España.

En repetidas ocasiones y empleando ciertas frases que eran algo más que simples y bellas figuras retóricas: José Antonio comparaba nuestros Sindicatos Verticales con los ejércitos prestos a la lucha y sus jerarquías con las precisas y rígidas que se establecen dentro de la dotación de un navio. Es que ya se percibía entonces por la mirada avizora de aquel gigante el papel decisivo que en luchas futuras por el destino de la Patria habrían de jugar estas Corporaciones.

Y no solamente en su contextura formal y en su espíritu combativo los Sindicatos habrían de ser instrumento de colaboración para la lucha por el destino del país, sino aun en un sentido de más profundidad su colaboración resultaría esencial al contribuir con eficacia inigualable a implantar un orden y una armonía en la sociedad interna del país en sustitución al caos anárquico y al confusionalismo que los choques de las pugnas

NUESTRA INDEPENDENCIA ECONOMICA

Por ANTONIO ROBERT

La concreción del concepto político de la nación como continente de valores humanos y raciales pertenece, indiscutiblemente, al siglo XIX. La unificación de los mosaicos de Estados y estadios alemanes e italianos, la liberación de los países balcánicos del yugo turco, y, sobre todo, esa airada y magnífica reacción popular contra el francés invasor que fué nuestra guerra de la independencia, constituyen manifestaciones claras y evidentes del fortalecimiento del espíritu nacional de los pueblos hasta entonces muy amortiguado o incluso inexistente. Pero la decimonona centuria, enarmorada de las Ideas, con mayúscula, pecó con exceso de abstracta. Y tuvo que venir nuestro siglo, el siglo de las síntesis vitales, para que se comprendiera por todos que la independencia política—idea y sentimiento a la vez—necesitaba de un sólido substrato económico para hacerse efectiva, precisa encarnarse en valores materiales para adquirir corporeidad.

Un grupo de pensadores ochocentistas lo había presentado ya. El exponente más destacado de los mismos fué List. La vida y la obra entera de Federico List estuvo consagrada a tratar de infundir un sentido nacional a la economía de su patria. Contra el internacionalismo librecambista alzaba List el concepto de la personalidad de la nación como eslabón de enlace entre el individuo y la humanidad. La nación no había de ser un mero agregado de individuos, sino una unidad orgánica, caracterizada por su idioma, sus leyes, sus costumbres, su literatura, su manera de ser peculiar y distinta. Y la economía había de estar al servicio de la existencia, del perfeccionamiento, de la continuidad y de la fortaleza material y espiritual de esa unidad viva, de esa personalidad nacional.

«En las condiciones actuales del mundo—decía List—nadie puede conservar su propia independencia, sino por medio de sus propias fuerzas y por sus propias capacidades particulares.»

La idea del nacionalismo económico prendió por fin—tras muchas luchas—en Alemania, en las postrimerías del siglo XIX, y el sentido nacional de la economía, que se ha ido perfeccionando y robusteciendo con el tiempo, inspiró una política gracias a la cual alcanzó el Reich su actual pujanza. Norteamérica tuvo también su adalid nacionalista en materia de economía—Enrique Carey—, y logró la enorme prosperidad de que hoy disfruta en virtud de un decidido proteccionismo que hizo posible arraigara y se desarrollase una industria propia en competencia con la de la antigua metrópoli británica.

El Japón se convirtió de un atrasadísimo pueblo asiático en una gran potencia, a través del fomento estatal de la producción nacional que permitió crear fábricas, para construir las cuales era preciso en un principio importar hasta los ladrillos y el cemento.

Italia consolidó su unidad nacional con el desenvolvimiento de su industria. Y Francia y otros países reforzaron sus respectivas posiciones por caminos análogos.

En cambio España, que defendió su independencia política, cual no supo hacerlo ningún otro país europeo, ante el asimismo bonapartista no acertó a hacer lo propio en el terreno económico. Mientras las naciones de la Europa central y occidental se convertían en grandes potencias manufactureras y exportaban sus productos, la Península se convertía en dócil mercado. Al paso que esas naciones empleaban su poderío político en adquirir inmensos territorios, fuente de materias primas, nosotros malbaratábamos nuestras minas, malvendíendolas a Empresas extranjeras que las esquilmaron sin piedad. Cuando los capitales europeos se empleaban en construir ferrocarriles fuera del Continente, los especuladores internacionales se disputaban las concesiones que otorgaba el Estado español. Económicamente estábamos pasando de ser de una cabeza de Imperio un país colonial.

Afortunadamente llegaron a abrirse paso las doctrinas de nacionalismo económico. Cánovas las incorporó al ideario político de su partido, definiendo a la Patria como una gran familia, dentro de la cual productores y consumidores debían ayudarse mutuamente para crearse una vida propia e independiente en lo material. Pero triunfaron tarde esas ideas y, sobre todo, la política por ellas inspirada fué torpe y vacilante. Fué amparada la producción nacional; se consolidó el desenvolvimiento de las industrias tradicionales, y se crearon algunas nuevas. No sé los beneficios efectos de proteccionismo. Pero a pesar de él la economía nacional continuaba en una inadmisible situación de dependencia respecto del extranjero. Bastó la animadversión de un poderoso trust internacional para que se organizase una campaña contra nuestra moneda que contribuyó en gran manera a la caída del Gobierno del general Primo de Rivera.

Y es precisamente la recuperación de nuestra personalidad en lo económico el síntoma más halagüeño del resurgimiento del espíritu nacional en la presente etapa, erizada de dificultades.

El clarínazo inicial de ese 2 de mayo en nuestra economía fué la ley dictada pocos meses después de terminada la guerra, en la cual se limitaba a la cuarta parte del capital la participación extranjera en Empresas españolas. Para evitar un trastorno brusco esta disposición se consideraba inmediatamente aplicable sólo a las Empresas de nueva creación, dejando para las demás un plazo de acomodamiento que han de fijar ulteriores disposiciones. Ya no podrán malverse minas, ni poner en manos extrañas servicios públicos esenciales para la nación. No se ortala aportación, siempre conveniente, de capitales extranjeros; pero se regula la forma en que ha de realizarse—en máquinas, en materias primas, en divisas—y, sobre todo, se establece de una vez para siempre la soberanía jurídica española de las Empresas que radiquen en territorio nacional.

El dinero nacional así protegido y encauzado por las disposiciones de ordenación y estímulo a la producción nacional, se ha lanzado a llenar las enormes lagunas existentes en nuestra organización industrial. El motor de este movimiento

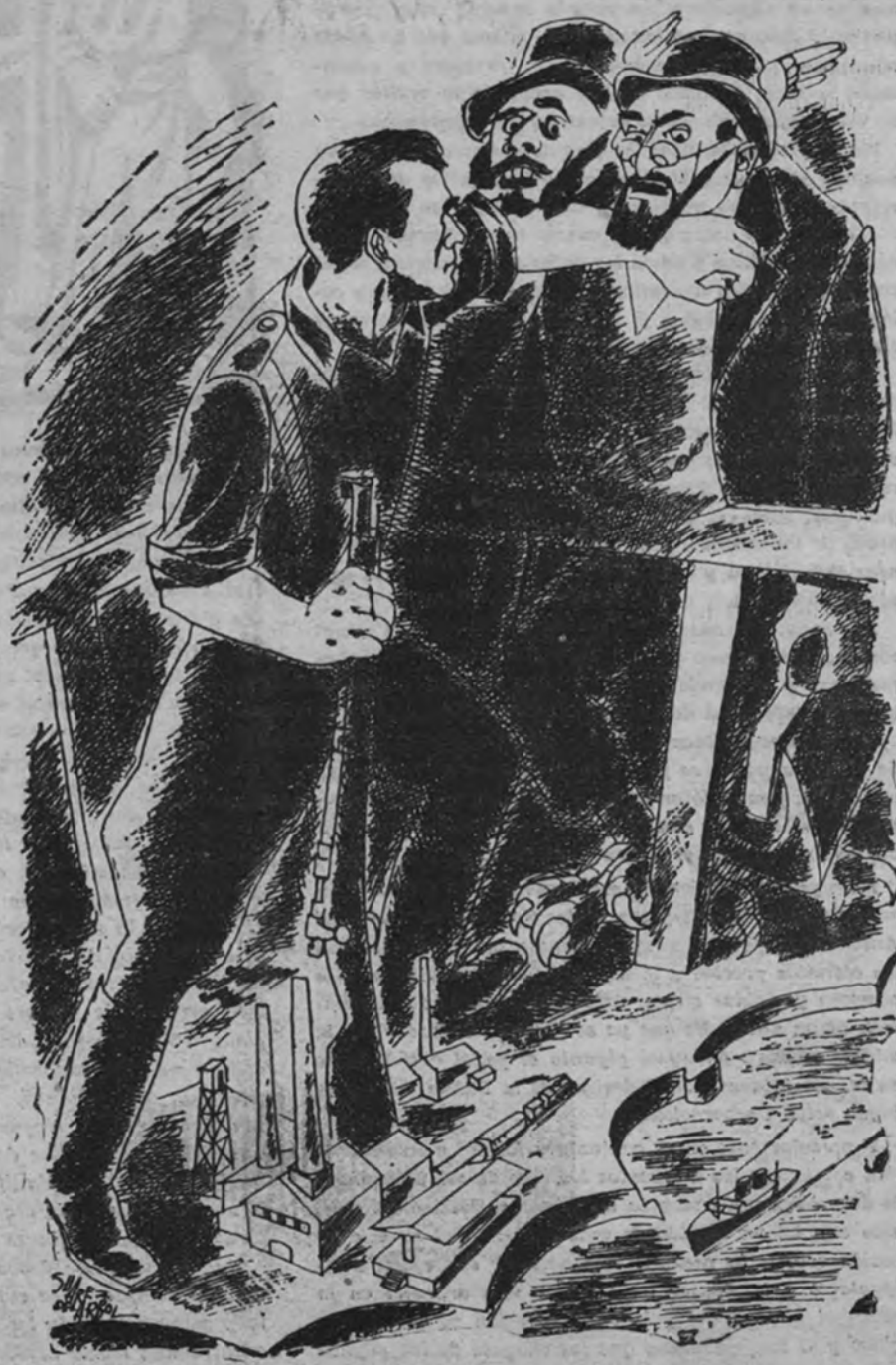
ha sido la legislación de industrias de interés nacional, magnífico instrumento, con ayuda del cual se están llevando a la práctica los planes de industrialización elaborados por el Ministerio de Industria y Comercio y aprobados por el Gobierno del Generalísimo. Muchos centenares de millones se están invirtiendo en nuevas fábricas, cuyo establecimiento había sido retardado o impedido por la falta de independencia de nuestra economía, víctima del «dumping» de otros países y atemorizada por la falta de amparo, frente a maniobras comerciales. Los problemas del nitrógeno, de las fibras celulósicas, están ya camino de resolución. Se suplirá la actual escasez de cobre y de aluminio. Fábricas de esos productos plásticos, maravilla de la técnica alemana, se están montando ya. Las dificultades de la industria editorial en materia de papel han sido aliviadas, gracias al incremento de la producción de pastas papeleras. Productos como la resina de nuestros pinares, que antes se exportaban en bruto, se quedan hoy dentro de nuestras fronteras para su ulterior revalorización. Nuevos altos hornos entran en funcionamiento. Talleres de construcción de maquinaria, modernísimos y excelentemente utilados, aumentan las disponibilidades nacionales de elementos de trabajo. Otras muchas industrias contribuyen a reforzar nuestro equipo industrial. Y, finalmente, la producción carbonera, base de la industria, de los transportes y de la vida toda de los pueblos, ha experimentado un incremento extraordinario.

Y no ha sido sólo en el terreno fabril y manufacturero donde ha tenido lugar ese resurgimiento, sino en otros muy importantes. Y entre ellos, uno de los más destacados es el relativo a una actividad que acrece en gran manera nuestra capacidad de autodeterminación económica. Me refiero a la Marina mercante. Un pueblo abocado a tres mares, como es España, necesita de una poderosa Marina, sin la cual se encuentra carente de los instrumentos de intercambio con el exterior y sujeta a contingencias adversas. Si disponemos actualmente de petróleo es porque contamos con una Flota petrolera capaz de ir a buscarlo. Otros países

neutrales que se hallan en mucho peor situación en lo que al abastecimiento de carburantes se refiere por carecer de barcos, estando como estaba el tráfico internacional en manos de potencias hoy belligerantes que precisan de todos sus medios de transporte marítimo para satisfacer a duras penas sus propias necesidades. Y no se trata de un fenómeno transitorio. La enorme destrucción de tonelaje mercante hará escasos los fletes mucho tiempo después de terminada la guerra.

Al lado de ese desenvolvimiento de las industrias y actividades que podríamos llamar «económicamente naturales» no se han descuidado tampoco aquellos aspectos de la autosuficiencia nacional en productos de interés bélico. La creación del Consejo Ordenador de Minerales de Interés Militar es un ejemplo de esta política. Y la constitución del Instituto Nacional de Industria que, aparte de ayudar al resurgimiento económico general, tiene la misión específica de propulsar las fabricaciones de especial importancia político-militar, habrá de dar un gran impulso a las mismas, como lo demuestra la fundación de las empresas «Calvo Sotelo», para la obtención de combustibles líquidos, y la «Adaro», de investigaciones mineras.

Lo ya realizado o en curso de realización, con ser mucho es todavía muy poco, si tomamos como unidad de medida lo que necesita España. Es preciso proseguir el camino emprendido y acelerar más aún, si ello es posible, la marcha. Hay que crear ese sólido substrato material que respalde la fuerte personalidad política de nuestra Patria. Y mirando a un futuro, tal vez inmediato, hay que destacar la íntima conexión de nuestras reivindicaciones políticas con nuestras necesidades económicas. El enlace de la economía española peninsular con la de las tierras africanas sobre las cuales debería extenderse la influencia hispana por tantas razones históricas y de toda otra índole, completarian muchos de los huecos de nuestra autosuficiencia y abrirían a nuestras industrias mercados capaces de acrecer su potencialidad, ampliando la base de esa independencia económica sobre la cual ha de apoyarse, inexcusablemente, la soberanía política de nuestra Patria.



Preguntas y respuestas sobre el Dos de Mayo

Por GIMENEZ CABALLERO



¿UE fué el 2 de mayo?
—Un Movimiento español de Independencia.
—El Alzarse de nuestro pueblo contra un invasor.

—¿Y qué es un Movimiento español de Independencia?
—Entonces: ¿todos los Alzamientos españoles contra un invasor han sido 2 de mayo?

—No.
—¿Por qué?
—Porque las invasiones fueron en España siempre de dos clases: la invasión pedida por España misma, y la invasión sin el consentimiento español. Esta última, por tanto, violenta y contraria, es a la que llamamos 2 de mayo.

—Ejemplos.
—En el mundo antiguo: fué un 2 de mayo la invasión cartaginesa, el Oriente africano. En cambio: el acudir de Roma con 40.000 legionarios, a petición de Sagunto, para librar a España de los Cartagineses no fué una invasión sino una ayuda, una colaboración de civilidad.

—Otro ejemplo.
—La entrada de los visigodos en España tampoco fué una invasión, tampoco fué un 2 de mayo. Los visigodos aliados de Roma, al ver que Roma parecía exhausta, acudieron a sostener todo el sistema romano y proseguir su misión unificadora de Europa. Por eso en España se entrañaron en seguida, fundando nuestra Monarquía católica, la institución básica y tradicional de nuestro pueblo.

—Entonces ¿no fueron tales bárbaros?
—Esas son invenciones liberales. Los visigodos—previendo que el Oriente africano—la revancha de Cartago—se echaría encima de Europa, apenas Roma se debilitara, corrieron hasta Africa misma (los Vándalos) y al pasar por la frontera de Africa en España fundaron la castiza Vandalusia o Andalucía.

—Pero no lograron dominar lo africano.

—No lo lograron. Y esa fué la mejor prueba de su misión europea y no bárbara. No lo lograron porque los judíos que no perdonaban la devastación de sus templos palestinos en tiempos de Tito, los judíos: tras socavar los cimientos del sistema romano, minaron la Monarquía goda—y dieron paso a los nuevos cartagineses medievales: los mahometanos.

—¿La invasión mahometana fué un 2 de mayo?

—Exactamente. Un enorme, atroz 2 de mayo al que España tardó siete siglos en vencer, en liberarse del enemigo. (También fueron 2 de mayo todos aque-



—¿Y por qué se considera invasión, entonces, la del Emperador francés Napoleón el 2 de mayo de 1808?

—Napoleón aportaba en su invasión una ideología—la liberal—que habría de triunfar en toda Europa, incluso en España. Sin embargo nuestro pueblo con instinto certero vió en esa Libertad de Napoleón la propia Esclavitud española. La Libertad de España había sido otra.



La lucha contra la invasión napoleónica en las montañas de Montserrat



—Pero la sublevación de los Comuneros en 1521 contra el Emperador Carlos V ¿no fué un 2 de mayo?

—Jamás. Carlos V llegó a España como salvador, llamado por el pueblo mismo a través de los Reyes Católicos, en vía dinástica. Llegó: como en tiempos acudieron los romanos y los visigodos: para librar a España de la desmembración separatista, del peligro turco y de la ruina del naciente Imperio americano. En Villalar, venciendo a aquellos Comuneros republicanos y estatutistas, se salvó la Unidad y la Expansión de España.

—¿Y por qué se considera invasión, entonces, la del Emperador francés Napoleón el 2 de mayo de 1808?

—Napoleón aportaba en su invasión una ideología—la liberal—que habría de triunfar en toda Europa, incluso en España. Sin embargo nuestro pueblo con instinto certero vió en esa Libertad de Napoleón la propia Esclavitud española. La Libertad de España había sido otra.



La lucha contra la invasión napoleónica en las montañas de Montserrat

Esta napoleónica era la máscara de una hegemonía francesa contra España. Al fin y al cabo Napoleón no representaba otra cosa que la continuidad imperialista de Luis XIV: las ansias de anexión espiritual y territorial de España por Francia. En la reacción nacional del 2 de mayo en Madrid se levantó un pueblo, el español, queriendo retornar a los principios romano-godos, aquellos básicos de España, los que hicieran antaño su grandeza. El liberalismo burgués de Francia, la revolución francesa fué muy buena para Francia pero fatal para nuestro país.



—¿Y el 18 de julio fué también un 2 de mayo?

—El 18 de julio de 1936 fué también un 2 de mayo. Porque las mismas potencias que provocaron las anteriores invasiones históricas, provocaron esta nueva. El Oriente: en forma de Rusia. Y Napoleón: ahora en forma de Frente Popular.

—Pero esta vez vencimos del todo.

—Esta vez, sí, vencimos del todo. Más no todo ha terminado. El Oriente ruso late aún amenazante. Y nuevas potencias surgidas para propagar el Liberalismo democrata, también amenazan nuestro horizonte cercano. Existe hoy en el aire la misma conspiración del 18 de julio contra la España de Franco.

—¿Entonces se avecina otro 2 de mayo?

—Quizá el 18 de julio fué un Alzamiento, un 2 de mayo en dos tiempos.

—Y nuestro pueblo amenazada su Libertad—la Libertad nuestra de veras, la del genio español triunfante—¿se levantaría con igual ímpetu?

—Con igual ímpetu no. Con un ímpetu infinitamente más genial y grandioso. El 18 de julio sólo fuimos unos pocos para el Alzamiento. Ahora bajo Franco—ya es todo el pueblo. ¡Unido como un haz! Y con banderas victoriosas!



lograra España: dominar el Africa de Cartago, del Islam y del Turco. Dominar en Argel y en Marruecos. España, en cambio, quedó desde entonces como un país balcánico, sólo útil para ser desangrado en debilitadoras guerras civiles que la impedirían volver a soñar con Unificaciones e Imperialismos.

—¿Y el 18 de julio fué también un 2 de mayo?

—El 18 de julio de 1936 fué también un 2 de mayo. Porque las mismas potencias que provocaron las anteriores invasiones históricas, provocaron esta nueva. El Oriente: en forma de Rusia. Y Napoleón: ahora en forma de Frente Popular.

—Pero esta vez vencimos del todo.

—Esta vez, sí, vencimos del todo. Más no todo ha terminado. El Oriente ruso late aún amenazante. Y nuevas potencias surgidas para propagar el Liberalismo democrata, también amenazan nuestro horizonte cercano. Existe hoy en el aire la misma conspiración del 18 de julio contra la España de Franco.

—¿Entonces se avecina otro 2 de mayo?

—Quizá el 18 de julio fué un Alzamiento, un 2 de mayo en dos tiempos.

—Y nuestro pueblo amenazada su Libertad—la Libertad nuestra de veras, la del genio español triunfante—¿se levantaría con igual ímpetu?

—Con igual ímpetu no. Con un ímpetu infinitamente más genial y grandioso. El 18 de julio sólo fuimos unos pocos para el Alzamiento. Ahora bajo Franco—ya es todo el pueblo. ¡Unido como un haz! Y con banderas victoriosas!